

Amar Azul



EMILY MAAT

AMOR AZUL

Una novela romántica escrita por

EMILY MAAT

Emily Maat Books

Amor Azul es un trabajo de ficción. Nombres, personajes, características, lugares, hechos e incidentes retratados en este libro son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia o casualidad.

1.^a edición digital: enero 2019

2.^a edición digital: abril 2019

Copyright © Emily Maat, 2019

© Amor Azul, 2019

Todos los derechos reservados.

Baja las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida, total o parcialmente, por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico, electrónico, fotográfico, informático o préstamo público, sin autorización escrita de la titular del copyright.

Cubierta diseñada por Maat Designer

Índice

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

CAPÍTULO

I

El avión despegaría a las 12:00 horas de la madrugada rumbo a Colombia. La primavera había llegado a la ciudad de Santiago, pero aún hacía un frío intenso que helaba las manos de Abby. Faltaban pocas semanas para Navidad, pero no había todavía adornos ni en las calles ni en las casas de Santiago.

—Si tan sólo lo hubiera pensado bien —murmuró Abby mientras el taxista le contaba sobre las tarifas que se cobraban al aeropuerto de noche.

—Disculpe, Señorita, no la escuché bien —dijo el chofer del taxi.

—Nada señor... buscaba mi pasaje en el bolso, por aquí debe estar entre mis maquillajes.

—¿Y qué parte de Chile le gustó más, Señorita? ¿Cómo se llama usted?

—Abby, Señor. Yo... no conocí mucho.

—Si no conoció el sur de Chile se ha perdido usted de lo más bello del país —sonrió el chofer.

—Disculpe, ¿cómo dice? —respondió Abby al taxista conteniendo el llanto en su voz y la mirada triste hacia las luces de los edificios.

—Le decía que el sur es lo más hermoso de Chile, ahí están los lagos de ensueño, montañas inmensas y hay vegetación al por mayor.

—Debe ser hermoso, Señor. ¿En cuánto tiempo dice que llegaremos al aeropuerto?

—En dos horas, Señorita, pero si tenemos suerte con el tráfico, podríamos llegar en una hora y media. No se preocupe, son las 20:00 horas de la noche, dice que su vuelo sale a la media noche ¿verdad?

—Sí señor... eso creo... a la media noche.

Cuando el taxista se detuvo frente al aeropuerto, Abby no soportaba ya el dolor en el corazón. La decepción amorosa que había vivido en Santiago hacía más intensos, lentos y dolorosos los latidos de su corazón, tanto que sentía que

una pequeña aguja picaba su pecho en cada respiración. Las lágrimas de sus ojos permanecían contenidas, pero estaban ahí, causándole dolor por dentro. Era quizá el viaje más lamentable de toda su vida y en el que había puesto toda su esperanza para ser feliz. Abrió la puerta del taxi y se bajó despacio, un poco perturbada, temerosa de un desmayo en cualquier instante. Caminó rumbo a la parte trasera del vehículo mientras ponía su mano derecha sobre los cristales del taxi como presintiendo que el dolor que sentía en su corazón podría hacerla caer al piso, y mantenía su mano izquierda sobre el vientre.

—Señorita Abby, no se preocupe, yo bajaré su equipaje —dijo el taxista, quien se había percatado de la tristeza de Abby durante el trayecto al aeropuerto.

—Gracias, Señor, muchas gracias.

—Aquí están ya sus maletas, que tenga muy buen viaje rumbo a su país Señorita Abby.

Abby sacó del bolso un billete naranja de 20,000 pesos chilenos para pagarle al taxista y esperó ahí quieta hasta que el automóvil se mezcló entre otros más por la avenida adjunta al aeropuerto. Tomó sus dos maletas y las arrastró hasta el módulo de atención a clientes de la aerolínea de su vuelo para documentar el equipaje.

—¿Se siente bien? —preguntó la asistente del módulo de documentación a Abby al verla un poco encorvada y los ojos más brillantes de lo normal en una mujer.

—Sí... estoy bien... me encuentro bien, gracias. Debo documentar estas dos maletas.

La asistente sonrió y recogió sus dos maletas para pesarlas y etiquetarlas. Luego las depositó en una banda en movimiento que iba alejando las maletas de Abby poco a poco. Ella las miraba con cierta nostalgia, recordando cómo seis meses antes había hecho el mismo procedimiento en Colombia. Las circunstancias eran ahora muy distintas. Todos sus planes se habían roto en mil pedazos y ya no quedaba nada de aquella alegría con que Abby había abordado el avión de Colombia a Chile meses antes. El regreso era ahora todo lo contrario, lo jamás imaginado por ella misma. Abby sentía que mientras su equipaje se alejaba por la banda se iba también lo que pudo ser la gran

historia de amor de su vida, esa que al fin le daría paz y felicidad absoluta. Se preguntaba si habría otra oportunidad para amar y si su corazón se repondría, si tendría la paciencia para volver a enamorarse y volver a confiar en un hombre como lo había hecho con ese viaje al dejar su país, su familia, su trabajo y a los suyos.

Agachó la cabeza por unos segundos y luego caminó rumbo a la sala de espera. Media hora antes de que se anunciara el abordaje de pasajeros del vuelo de Santiago a Colombia, timbró el móvil que llevaba en el bolsillo de su abrigo rojo. Era Consuelo, la única amiga que había hecho en Chile durante sus seis meses de estancia. Abby había conocido a Consuelo en un viaje de excursión a la ciudad de San Pedro, en el norte del país. Ella la habría alojado en su casa de huéspedes durante una semana. La afinidad entre ambas fue mágica, a pesar de que Consuelo era veinte años mayor que Abby, quien la miraba como a una madre en Chile.

—Hola Abby, ¿ya estás en el aeropuerto? —preguntó Consuelo con la alegría en su voz que la caracterizaba.

—Consuelo, amiga mía, yo... sí, estoy aquí —le respondió Abby cuando en ese momento no pudo más guardar el peso de su dolor y soltó en llanto, un tanto desgarrador, como si procediera no de una mujer, sino de una niña dulce e ingenua que intentaba disfrazarse de mujer adulta y madura.

—¿Qué pasa Abby, qué ha sucedido, es por Liam por quien estás así?

—Sí, es por él. No pude verlo, no quiso despedirse de mí, me envió un mensaje por el móvil, diciéndome que no quería saber más de mí, que me deseaba éxito. Así me lo escribió: «Éxito en todo». Así de frío fue, Consuelo. Intenté marcarle en ese momento, pero bloqueó mis llamadas y mensajes en ese instante, pensé que me quería, ya no sé quién es en realidad, no sé de quién me enamoré, no es aquel Liam a quien amé desde el primer momento en que lo vi.

—Ya olvida eso, Abby, no te lastimes más, no te mereció nunca, tú mereces algo mejor; estoy segura que vienen cosas muy buenas para ti porque has sufrido mucho en Santiago, estoy al borde del llanto acá en San Pedro al escucharte así, siento una impotencia de que te haya pasado esto en mi país, no quiero que llores más, recuerda que tu corazón es muy delicado, no quiero que

enfermes, y sabes que te quiero, que eres para mí como la hija que nunca tuve —le dijo Consuelo con angustia e intentando mantener fuerte su voz para no quebrarse en llanto al escuchar a Abby en ese estado en que se encontraba.

—Consuelo, me voy muy triste de Chile. Amiga mía, debo colgar ya, están llamando a los pasajeros para abordar. No creo volver nunca a Chile... Consuelo, es muy fuerte este pesar, te quiero Consuelo, debo colgar... te quiero, gracias por cuidarme, estoy en deuda contigo.

Cuando Consuelo colgó el teléfono no pudo evitar llorar por la pena que estaba atravesando Abby. Había conocido de cerca la dulzura y la bondad de Abby cuando estuvo en San Pedro, sabía que era una joven de un corazón noble que se esforzaba por no dañar a nadie ni a nada de este mundo. Aunque convivió poco tiempo con Abby, había visto en ella una sensibilidad y una fragilidad inusual en las mujeres de su edad. Consuelo recordó en esos instantes todos los pesares que ella misma había vivido durante su juventud y de cómo los años iban pasando en su cuerpo y en su rostro en espera del hombre de su vida. Fue hasta los 40 años que Consuelo encontró el amor verdadero, justo la misma edad que tenía Abby. Por eso la comprendía como nadie más podría hacerlo. Consuelo podía sentir en carne propia el dolor de Abby ante una nueva decepción amorosa que la alejaba cada día más de convertirse en madre y de que el hombre de su vida la conociera joven, con una piel lozana y fresca. Consuelo sabía perfectamente lo dolorosa que se vuelve la espera del amor verdadero a los 40 años, cuando la piel del cuerpo comienza a perder su lozanía, cuando aparecen las primeras canas que ya no son fáciles de cubrir y las arrugas que ya no puedes disfrazarse con cualquier maquillaje barato.

Consuelo se sentó en un sofá frente a la ventana grande de la sala para ver las estrellas de la noche, mientras hilaba su vida con la de Abby, pidiéndole al cielo que en su regreso a Colombia la vida la tratara mejor y la hiciera olvidar rápidamente el abandono de Liam. Pero, Consuelo sabía que eso no sería fácil, pues cuando conoció a Abby pudo ver en su mirada amor sincero por Liam; un brillo que sólo ella, a sus 60 años, podía interpretar y descubrir. Sí, Abby amaba en verdad a Liam, tanto, que había dejado todo en Colombia por él, su familia, su casa, su país y hasta ese trabajo en la Editora que tantos años de

esfuerzo le había costado conseguir. Ella volvería a Colombia sin nada para empezar desde cero una nueva etapa; había dado todo por Liam, a quien nada le importó, ni siquiera el antecedente del frágil corazón de Abby que con facilidad enfermaba ante la mínima emoción de la vida.

Consuelo apagó las luces de todas las habitaciones de la casa. Volvió nuevamente a pararse frente a la ventana de la sala, en la oscuridad, para mirar una vez más las estrellas e imaginó a Abby sentada en ese avión, volando cientos de kilómetros de un país a otro, sobrevolando todo lugar, toda persona, toda montaña. Consuelo cerró sus ojos y pidió a las estrellas por Abby, para que la vida le diera la oportunidad de conocer el amor sincero como ella tanto anhelaba y para que nunca perdiera esa dulzura ni esa bondad de su alma, pese a la crueldad y a la dureza del mundo.

CAPÍTULO II

Cuando Abby llegó a Colombia sintió que algo se había roto en su vida. Al llegar a casa de sus padres, no tenía fuerzas ni siquiera para sostener su propio equipaje. Estaba devastada. Ella había perdido todo lo que meses antes había cosechado con mucho esfuerzo, su trabajo en la Editorial, en su propia ciudad, sus esperanzas por encontrar el amor, el cariño de Liam y hasta la confianza que antes sus padres tenían en ella.

Al llegar casa de sus padres, rodaron varias lágrimas por sus mejillas al ver la puerta de la entrada principal, como si esa casa fuera una pequeña cárcel que tenía que aceptar de ahora en adelante, y como si fuera lo único que la vida le había dejado para sanarse a sí misma después de su viaje. Sacó de su abrigo rojo un llavero y sus dedos comenzaron a buscar la llave, de noche, entre muchas otras, para abrir la puerta. La memoria de sus dedos estaba intacta, era una memoria llena de matices nostálgicos de todos los años de Abby, durante su juventud, viviendo en esa misma casa. No. Ella no odiaba a sus padres, los amaba y mucho, pero esa casa era como una cárcel que la distanciaba de su sueño de encontrar el amor y casarse; era su cárcel como mujer al no tener a nadie más en el mundo que a sus padres, ya viejos; esa casa era el único refugio al que podía ir en cada fracaso vivido. Cuando sus dedos sintieron al fin las curvas de la llave indicada para abrir la puerta, vio a su padre adelantársele en abrir y salir para encontrarse con ella.

—Hija mía, ya estás aquí, gracias a Dios —dijo el hombre ya muy mayor con cierta angustia contenida en su voz.

Abby sintió que algo se oprimía en su garganta; por una parte, alivio de estar al fin en un refugio que era seguro y lo mejor para ella en esos momentos de su existencia, y por otra parte, vergüenza de llegar frente a su padre sin nada en las manos, sin ninguna nueva noticia que darle a quienes por tantos años la habían sostenido. Se quedó callada mientras su padre daba unos pasos

lentos hacia ella con su andar doloroso y sus rodillas un poco flexionadas por el cansancio de sus setenta años. Abby agachó la cabeza al ver el andar cada vez más débil de su padre y el casi arrastrar de sus pies para recibirla. No pudo salir ni una palabra de su garganta en ese momento, ella no quería hablar de nada de lo que había pasado en Chile. Su padre la abrazó y Abby sintió el calor tibio del cuerpo de su padre que la estrechó por casi un minuto como si supiera perfectamente de qué adolecía su hija.

Ambos entraron a la casa; su madre bajó de su habitación y se asomó por la escalera para saludar a Abby. Ella se quedó en silencio en espera de sus primeras palabras. Algo extraño había en ese reencuentro familiar, pues era el más frío e insípido para Abby; no había alegría en el recibimiento, ni una cena especial, no había nada, absolutamente nada. La atmósfera no tenía ningún aroma, algo se había roto, quizá en la familia, tal vez en la relación entre Abby y sus padres, o quizá en ella nada más; algo muy fuerte se había ido para siempre y para no volver jamás.

—Cena algo, deja tus maletas, tu cuarto está tal como lo dejaste... hasta mañana —dijo la madre de Abby con un tono serio, en el cual no pudo adivinar si estaba resentida, molesta o triste por su hija.

—Sí mamá —dijo Abby con cierto pesar en el corazón.

Luego su padre subió despacio las escaleras en silencio rumbo a la segunda planta de la casa donde se hallaba su habitación. La recámara de Abby estaba ahí mismo en la primera planta junto a las escaleras. Entró a su aposento, soltó las maletas y se dejó caer en la cama, la cual tenía las mismas sábanas que ella había puesto días antes de partir a Chile. Los muebles tenían un poco de polvo y el cuarto tenía todavía el olor de las varas de incienso de rosas que había quemado las últimas noches que durmió en esa misma cama. Sintió que su recámara olía a algo antiguo de todos los tiempos, que ahí se hallaba depositada toda su memoria, sus sueños rotos, sus más grandes aflicciones y sus más profundas decepciones como mujer.

Esa noche, Abby se quedó dormida tendida sobre la cama, sin siquiera levantar bien las sábanas para cubrirse, sin siquiera mudarlas por otras limpias; sólo se arropó con un viejo cobertor para no sentir frío. Estaba tan cansada de llorar durante todo el viaje de vuelta a Colombia, que sus fuerzas

se habían consumido. Nada la consolaba en esos momentos; era la primera vez que no sentía esa alegría eufórica por ver a sus padres al reencontrarse con ellos; se sentía extraviada no en el mundo, sino en ella misma. Su corazón era como un torbellino sin dirección, uno lento que iba arrastrando sus anhelos escondidos por ser amada, por hacer el amor, por sentir el apoyo de un hombre a su lado que la protegiera y la hiciera feliz.

A la mañana siguiente, Abby no podía abrir los ojos, había llorado tanto que sus párpados estaban muy hinchados, no podía despegarlos. Ya había despertado, pero su desánimo era total. En ese momento entró su madre sin decirle “*Buenos días*”; abrió rápidamente las cortinas de las ventanas de la recámara de Abby para que entrara la luz de la mañana y se sentó en un extremo de la cama.

—¿Hasta cuándo vas a tenernos así, Abby? No puedo creer que no te importen tus padres, que juegues así con nosotros, ¿No te das cuenta de que ya eres una mujer de 40 años? —le dijo su madre, molesta.

—¿De qué hablas? —respondió Abby indiferente como si estuviera anestesiada.

—Sabes bien a qué me refiero Abby. ¡Reacciona por favor! Renunciaste a tu trabajo, te fuiste a Chile por meses y de pronto nos llamas para decirnos que todo salió mal, que ibas a volver a casa. ¿No te das cuenta de la enorme preocupación que le estás causando a tu padre? ¿Por qué no haces tu vida? ¿Y ahora qué esperas, que te mantengamos como si fueras una niña? Ya ni trabajo tienes, y ya con 40 años, ahora tu pobre padre de 70 años va a mantenerte, ¿no tienes conciencia de tus actos o qué pasa contigo Abby?

—No te estoy pidiendo nada, déjame en paz —dijo Abby al borde del llanto.

—Ahora resulta que no quieres hablar —respondió ya molesta su madre, quien tenía mucho enojo en su mirada e impotencia de ver a su hija en esas condiciones lamentables.

—¿Y qué quieres que haga mamá? A veces las cosas salen bien en la vida, a veces no. No soy adivina. Sí, fracasé. Tuve que volver, no tenía a dónde más ir, sabes que tú y mi padre son mi única familia en el mundo, y que no cuento con mis hermanas que ya tienen sus propios hogares. ¿A dónde más querías

que fuera? ¡Tú no entiendes nada, déjame en paz!

—Estoy harta de esto Abby, nos abandonas y ahora resulta que sí te servimos, eso es lo que me molesta, que has vuelto por pura conveniencia porque todavía te sirven este par de viejos para mantenerte cada que fracasas en la vida, pero acuérdate Abby que un día ya no estaremos y... ¿a dónde irás cuando ya no estemos, cuando estemos muertos, cuando venga un nuevo fracaso en tu vida, y que harás eh? —dijo la madre de Abby, reprendiéndola, con el carácter fuerte que había latigado a su hija durante sus cuarenta años de vida haciéndola una mujer sumisa e insegura consigo misma.

—Mamá, tú no sabes nada de mi vida ni de mis necesidades, te he ayudado siempre que he podido, no olvides que nunca te abandoné mientras trabajé en la Editorial.

—¡Ah, claro, la Editorial! ¿Y eso de qué te sirve ahora Abby? ¡Ya te quedaste sin nada! Ni siquiera tienes ahora el trabajo en la Editorial; ahí anduviste toda tu juventud causando lástima como empleada insignificante en una boutique de costura hasta que después de muchos años perdidos lograste tu sueño de tener un puesto en una Editorial, mientras tus hermanas salieron adelante, lograron riquezas, consiguieron buenos esposos y ya tienen hasta sus casas propias, automóviles de lujo e hijos. ¿Y tú que lograste Abby en 40 años? ¡Nada! Eres una fracasada; mírate, ahora vieja. Fuiste la que menos belleza tuvo de mis hijas, y siempre te he dicho que una mujer fea y vieja son las peores características que le pueden suceder. No sé qué hice para merecer este castigo contigo.

—¡Basta mamá, no quiero escucharte! ¡Vete, no quiero escucharte más!
—dijo Abby llorando, sin fuerzas para salir de la cama.

—¡Claro, ahora quieres que me vaya! Pero reflexiona un poco Abby, no quieres mis consejos, pero bien que nos utilizas a tu padre y a mí, aquí estamos ya viejos intentando vivir en paz nuestros últimos años de vida y tú no tienes conciencia, regresas ahora sin trabajo y sin nada en las manos para que velemos por ti. ¡Eso es interés Abby, eres una convenenciera! Ahora te servimos este par de viejos para darte de comer, porque dices que no tienes a nadie más en el mundo, sólo has regresado a causarnos mal, no porque nos ames, no, tú no nos amas, eso no puede ser amor como a todo mundo le dices

que somos lo que más quieres en el mundo, eso es pura apariencia tuya porque no nos amas...

—¡Basta mamá! ¡Déjame tranquila por favor! —le pidió Abby a su madre una vez más.

—¡Claro, ahora pides tranquilidad! Ya no te creo nada Abby. Lo mejor que podrías hacer es casarte, buscarte un marido, pues piensa un poco... ¿Qué vas a hacer el día que ya no estemos en este mundo para protegerte? ¿Ya pensaste en eso? ¿Crees que van a terminarse tus fracasos cuando estemos muertos? ¡Madura Abby, eso es lo que te pido, que madures ya, de una buena vez por todas! —dijo su madre antes de salir alterada del cuarto.

Abby se enroscó en posición fetal en la cama con el cobertor encima y lloró ahí hasta medio día. No quería saber ya nada del mundo. Su ruptura con Liam la había hundido en un abismo del que ahora no podía salir. Su corazón estaba ya muy cansado de tantas decepciones amorosas, ella sintió que ya no podría ser capaz de amar una vez más, que Liam había sido ya su última oportunidad para casarse y ser amada. Durante ese mismo día, por la tarde, Abby comenzó a romper cientos de libros y archivos de su trabajo en la Editorial. Titubeó antes de hacerlo; pensó en la idea de llamar a su antiguo jefe y pedirle una oportunidad para volver a ser recontratada, pero algo dentro de ella le impidió tomar el teléfono y hacer la llamada. Su vida estaba rota y no quería volver a lo perdido, a un pasado que ya no le pertenecía. Así que aceptó por primera vez en su vida sus errores, que hacer ese viaje había sido una decisión en la que tal vez Liam había influido, pero que finalmente había sido ella quien la había tomado por decisión propia. Aceptar eso era muy doloroso. ¿Cuántas personas aceptan que un fracaso fue construido por ellas mismas? Abby entendió ese día que debía iniciar de cero otra vez y construir un nuevo destino a sus 40 años, a esa edad en la que las fuerzas ya no son las mismas que en la primera parte de la vida, a esa edad donde lograr un anhelo se hace cada vez más lento, pero también con más reflexión previa sobre el porqué del hacer las cosas.

La vida de Abby había transcurrido prácticamente en casa de sus padres. Si bien su padre tenía un carácter dulce y comprensivo con ella, su madre, en cambio, endurecida del corazón, no titubeaba nunca en corregirla con las

palabras más crudas, a pesar de que Abby comenzó a presentar padecimientos en el corazón que la llevaban a estar en reposo absoluto por largas temporadas, las cuales le hacían tener una vida fragmentada, llena de renunciadas, de pérdidas constantes que no le permitían lograr una continuidad en sus propósitos y en sus más anhelados sueños. Cada nuevo episodio de enfermedad la hacía renunciar a sus antiguos trabajos como empleada, a abandonar toda vida social por meses, y volver a empezar sin nada una vez, al recuperarse.

En realidad, Abby estaba agotada de tantos comienzos. Y, sin duda, su mayor agotamiento era el amor, que la había estancado hasta convertirse en una mujer solitaria con un semblante incluso triste; las palabras hirientes de su madre, quien buscaba corregirla a su manera, bajaban día a día su autoestima, haciéndola sentir como la peor de las mujeres, como una que no merecía la pena. Tal vez, Abby tenía culpa en aceptar como suyas las verdades de su madre, probablemente le faltaba coraje para defender lo que quería para ella misma; gran temor sentía al escuchar a su madre repetirle: «*Abby, tú serás la hija que nos cuide a tu padre y a mí en nuestros últimos años de vida, pues a tu edad ya no te casarás*».

Cuando Abby terminó de romper esa tarde todos los libros y los archivos de su trabajo en la Editorial, ella estaba en un estado que nunca antes había vivenciado; era como si ya nada tuviera sentido para su corazón, ni siquiera su gusto por la Editorial existía ahora, luego del viaje; se había fragmentado, como si la mujer que antes la habitaba se hubiera ido para siempre y la reemplazara, ahora, una mujer distinta con la que por primera vez se enfrentaba en su interior. Lo que antes tuvo sentido para ella, ahora nada valía, y ese rompimiento consigo misma había ocurrido justo a sus 40 años, a esa edad en que una mujer se despide de la juventud para encontrarse frente a frente con la etapa de la madurez; ese momento en que toca poner en práctica todas las lecciones que la vida da, por aciertos y fracasos durante la intrépida juventud de riesgos y valentía sin límites.

—No, no puedo volver a la Editorial, no puedo hacerlo, estoy cansada ya de todo eso, no puedo volver —dijo Abby con voz bajita en su recámara cuando tiró a la basura esos archivos de su antigua vida. Unos meses la habían

transformado; la antigua Abby no volvería.

CAPÍTULO III

Un mes después de la llegada de Abby a Colombia, su vida empeoró. Se sumergió en su cuarto que era ahora su único cosmos; sus días no salían más allá de esas cuatro paredes, mientras lloraba cada noche todavía por Liam. Abby nunca hablaba de sus males de amor con sus padres, era un tema prohibido con ellos, no porque no confiara en sus progenitores, sino porque a los 26 años tuvo un conflicto con su madre, el cual la obligó a guardar todos sus secretos sentimentales en ella misma. Solamente con escasas amistades platicaba sobre los pocos pretendientes que había tenido durante su vida.

En el cumpleaños 26 de Abby, ella se había quedado sola en casa. Sus hermanas María y Carolina tenían para ese entonces sus propios hogares y vivían en ciudades muy alejadas de Bogotá, la ciudad donde Abby y sus padres residían. Carolina, dos años menor que Abby, fue la última en contraer matrimonio. Algo extraño sucedió desde que María y Carolina partieron de casa, pues se distanciaron para siempre, comunicándose apenas cada Navidad para extender una rápida felicitación telefónica. Abby pensó que, en realidad, el carácter fuerte de su madre había causado el alejamiento de sus hermanas e, incluso, muchas veces sintió que ellas no amaban verdaderamente a sus esposos, sino que habían encontrado en el amor un refugio para liberarse de las duras correcciones de su madre. Mas, Abby, siendo la segunda hija, creía que eso era una debilidad en sus hermanas, pues el trato que su madre les había dado a ellas fue siempre mejor al que Abby recibió desde la niñez; las comparaciones en cuanto a la belleza eran persistentes por parte de su progenitora, donde Abby quedaba constantemente en situación desventajosa, mientras que sus hermanas recibían halagos que, seguramente, influyó en ellas para fortalecerlas y lograr sus matrimonios.

No es que Abby fuera fea, era simplemente que su cuerpo era plano, sin muchas curvas; sin ninguna forma voluptuosa e interesante; y su rostro era muy

distinto al de esa belleza estereotipada; su nariz no era pequeña y fina como la de Carolina, tampoco tenía ojos grandes y expresivos como los de María; simplemente, tenía un rostro con rasgos singulares que se salían de todo patrón de belleza: su nariz era un tanto ancha, pero también le daba un cierto toque de simpatía; sus cejas eran finas, color grisáceo, que daban a su rostro un toque sensible, a pesar de que ella intentaba rellenarlas con el color de un delineador; sus ojos tenían una pequeña caída que los hacía lucir inmensamente melancólicos, sumándole a ello ese tono aceitunado, que ninguna de sus hermanas, más que ella, había heredado de su padre.

Al quedarse sola en casa, cuando sus hermanas partieron para hacer sus vidas, Abby conoció por primera vez la soledad. Fue ella la encargada de tirar poco a poco todos los objetos que María y Carolina habían almacenado desde su niñez en esa misma recámara que durante años compartieron, juntas. Fue un desprendimiento familiar doloroso que nadie más que Abby pudo entender, algo de lo que frecuentemente nadie se percata y que sólo pueden comprender aquellos seres que viven en carne propia ser la última hija en quedar en soltería. Abby tuvo que adentrarse en el mundo de sus hermanas, abrir los cajones del armario para reconstruir sus vidas a través de todos esos objetos y prendas que las caracterizaban y que la transportaban a una escena de convivencia junto a ellas. Todo eso ya no tenía valor para María y Carolina, pues ellas ya eran felices, todos esos objetos sólo tenían valor para Abby, quien aprendió desde ese instante a reconstruir la soledad a partir de la memoria de sus amadas hermanas. Acomodó todo en cajas de cartón y las rotuló con sus nombres, por si alguna vez volvían a casa en vacaciones de verano. Pero eso nunca sucedió, jamás volvieron; fue así que Abby un día decidió quemar todo aquello en el patio, en un final de año. Sólo quedaban en la memoria de Abby aquellos momentos gratos junto a María y Carolina, especialmente cuando le ocurrían sus episodios enfermizos del corazón que la dejaban tumbada en la cama por semanas, siendo María y Carolina sus enfermeras día y noche, por órdenes de su madre. Sus hermanas la atendían y le cantaban, con alegría, para que pronto se recuperara; encendían cada noche una vela aromática junto a su cama y una vara de incienso, que tanto gustaba a Abby, pero lo que más causaba alegría a Abby en esos duros momentos era la

compañía de sus hermanas y, pensaba, ya desde ese entonces, que eso no sería eterno, que debía disfrutar al máximo esa compañía que terminaría en algún momento.

Era tanta la soledad de Abby a sus 26 años que, quizá por eso, se entregó sin conocer a Mario. Consiguió en ese entonces un trabajo como costurera en una boutique de ropa en el sur de la ciudad, cerca de casa de sus padres. El sueño de Abby a sus 26 era independizarse, ahorrar para arrendar su propio apartamento y decorar su hogar a su gusto, cocinar postres por las tardes, hacer todo aquello que su madre autoritaria no le permitía; no es que su madre tuviera un mal corazón o algo contra Abby, pero era cierto que esa casa donde vivía era de sus padres, no de ella. Por eso soñaba con todas sus fuerzas ahorrar para independizarse. Fue precisamente en la boutique donde conoció a Mario, quien era diez años mayor que ella; un hombre viudo con bastante experiencia con las mujeres. Cuando Abby lo vio por primera vez supo que sería el primer hombre en su vida, fue algo que no podía explicarse a ella misma, pero una fuerza se agitaba en su vientre cuando lo tenía frente a frente. Un mes después, Abby aceptó una invitación a cenar a casa de Mario, saliendo del trabajo. El corazón ingenuo de Abby aceptó, motivada por conversar con alguien distinto a sus padres y hermanas, pues era una joven que sentía alegría por charlar de cualquier tema, de todos esos sentimientos y emociones guardados en ella por tantos años.

Pero, luego de cenar, Abby no supo qué pensar cuando Mario le propuso ahí mismo que hicieran el amor en ese momento. Ella sintió que no estaba lista para eso en tan poco tiempo de conocerlo, pero tras unos minutos en silencio, se dejó llevar por la mano de Mario quien la llevó hacia su recámara donde la fue desnudando hasta hacerle el amor por primera vez. Por momentos sintió un profundo pesar de hacer algo que ella no tenía contemplado esa noche y que no quería que fuera de esa manera, pero a la vez creyó que a sus 26 años, sin saber casi nada de la vida, era algo que debía experimentar tarde o temprano. Sí, Abby se arrepintió, pues Mario era un hombre mujeriego con el que sabía que nunca formaría un matrimonio ni una familia. Sus encuentros con Mario se convirtieron por varios años en una válvula de escape para Abby, donde podía experimentar el placer a través de su cuerpo y emociones nunca antes sentidas;

pero, a la vez, esos encuentros se convirtieron en un calvario para ella, pues su madre intuía perfectamente qué estaba sucediendo al notar que Abby no llegaba a dormir a casa una o dos veces cada semana. Las discusiones con su madre aumentaron, hasta que el frágil corazón de Abby cayó nuevamente en la enfermedad, dejándola otra vez desempleada por meses, en cama.

—Al menos así, enferma, podré estar tranquila Abby —dijo la madre de Abby mientras le acercaba un plato de sopa caliente a la cama.

—Déjame sola mamá, no tengo hambre.

—¿En qué te has convertido Abby? Mírate, ahora ni siquiera tienes valor como mujer, has ido a enredarte con ese hombre sólo para convertirte en el hazmerreír de la familia, fea, vieja y ahora ya sin virginidad. Dime, ¿piensas que algún hombre va tomarte como esposa en el futuro?

—¡Cállate mamá! No quiero escucharte, es mi vida, tú no entiendes nada de mis necesidades, nunca me has comprendido —respondió Abby.

—Por supuesto que nunca comprenderé cómo una de mis hijas se ha convertido en una prostituta, en eso tienes toda la razón Abby.

—¡Basta mamá! —suplicó Abby con la mirada triste de sus ojos hundidos.

—¿Sabes algo Abby? Deberías seguir el ejemplo de tus hermanas, tú a tus 26 no tienes nada, y míralas a ellas, ya tienen hasta automóviles lujosos, ellas sí son inteligentes, han sabido ganarse la confianza de sus esposos, por eso gozan de todas las protecciones materiales que toda mujer añora y, ¿te digo algo más? Ellas no han tenido que irse a revolcar con un desconocido para lograr todo eso; tú en cambio te has ido a enredar con un hombre que ni siquiera te ha valorado y que ahora te ha dejado en la calle, dime, ¿qué ganaste con entregarte a él?

—¡Vivir mamá, eso...VIVIR! Tú no sabes nada de mí, no tienes por qué juzgarme, déjame en paz —dijo Abby cuando en ese momento sus fuerzas se acabaron y quedó desmayada en la misma cama.

—Claro Abby, eso debe ser “vivir” como dices, quedarse postrada en una cama sin nada en el mundo —susurró la madre de Abby, sabiendo que ella ya no podía escucharla ante el estado inconsciente de su hija en la cama; tomó el plato de sopa, ya fría, y salió de la recámara de Abby sigilosamente para dejarla recuperarse.

Después de Mario, nadie más volvió a tocar a Abby, la enfermedad de su corazón empeoró desde entonces, lo que hizo su vida cada vez más incierta. Miles de sueños se fueron derrumbando en sus siguientes años al no lograr una estabilidad en su salud, ni en algún trabajo. Sus ojos se fueron hundiendo poco a poco y dos grandes ojeras rodeaban el color aceitunado de ellos, dándole un aire de misterio y nostalgia acumulada. Un golpe de suerte la hizo conseguir el empleo anhelado en una Editorial, a sus 35 años, cuando envió un artículo sobre la historia de la mujer en las Bellas Artes; el Señor Chris González, director de la Editorial, había mostrado el artículo de Abby a su esposa, una afamada pintora y activista de los derechos de las mujeres en América. La opinión de la esposa del Señor Chris influyó tanto en él que decidió darle una oportunidad a Abby para integrarse al equipo de la Editorial, donde ella tendría la labor de corregir los contenidos de los artículos antes de ser publicados, un oficio con el que Abby había soñado desde que era una adolescente, pues ya desde entonces había mostrado un talento especial por la escritura y la lectura de novelas durante sus tantos episodios enfermizos.

La Editorial se convirtió en el único tesoro que daba sentido a la vida de Abby, el trabajo en el que más tiempo había laborado, gracias al buen corazón del Señor Chris y a su esposa, pues ellos comprendieron que las constantes recaídas del corazón de Abby, una condición especial, debían ser dispensadas cuando ella necesitara recuperarse y ausentarse por una semanas sin goce de sueldo. Fue así que Abby logró estabilizarse en un trabajo donde, cuando era necesario, podía ausentarse si el médico así lo recetaba para ella. La Editorial era un mundo de historias, un rompecabezas que Abby disfrutaba descifrar y ordenar para, al mismo tiempo, hallar algún sentido a su propia existencia; un mundo al que renunció, por amor, cinco años después.

CAPÍTULO IV

Por la noche, la Señora Alice, madre de Abby, preparó la cena mientras cantaba una dulce melodía. Aguardaba al Señor Israel, quien llegaba puntualmente a casa a las 19:00 horas. El Señor Israel, padre de Abby, a sus 70 años, ya no conseguía empleo en ninguna empresa por su edad, mas sabía que las necesidades de su hogar no terminaban y él tenía aún fuerzas para luchar, por lo que había solicitado la oportunidad de convertirse en empacador de la despensa que compraban los clientes en un supermercado; no recibía ningún salario, sólo las escasas monedas que los clientes le daban por empacar en bolsas de plástico sus despensas compradas; en su desesperación, asistía de lunes a domingo desde las 11:00 hasta las 18:00 horas, a pesar del dolor en sus débiles piernas, pero sabía que estar de pie más horas podía hacerlo ganar unas monedas más si tenía la suerte de que le tocara empacar la despensa de clientes generosos que valoraran su trabajo y esfuerzo. Al llegar a casa, el padre de Abby dejó su bolso de trabajo y se sentó para cenar. La Señora Alice comenzó a servir la comida en platos y a preparar el café, mientras comenzó a hablar, cabizbaja, al mismo tiempo que se concentraba en servir la cena.

—Necesitamos hablar sobre Abby —dijo la Señora Alice.

—¿Qué pasa con Abby, mi hija más hermosa? —sonrió el padre de Abby con nostalgia al mencionar el nombre de su hija, imaginándola como a la niña que cargaba entre sus brazos varias décadas atrás.

—¡No la consientas Israel! Ya es una mujer de 40 años, si la sigues tratando como a un bebé nunca va a hacer su vida. Mírala ahora, lleva ya un mes encerrada en su recámara desde que regresó de Chile, he intentado hablar con ella, pero no sé lo que le pasa, debe estar iniciando la menopausia.

—¿De qué hablas, mujer? Si Abby es muy joven para eso, es mi niña, nuestra pequeña —dijo el padre, amando a su hija con cada palabra.

—¿Niña, de dónde? Bien sabes que ya está envejeciendo y ahora, para colmo, desempleada.

—Déjala mujer, Abby está confundida y necesita su tiempo, su vida no ha sido fácil, y no podemos presionarla por su corazón. Muchas veces le he pedido al cielo padecer yo esa dolencia suya del corazón para que ya no sufra más —dijo el Señor Israel, conmovido por los esfuerzos de Abby en su existencia.

—Sí Israel, pero ella renunció a todo aquí en su país sin darnos explicación alguna; de la noche a la mañana se le metió la idea en la mente de irse sola a Chile a buscar una mejor vida y un mejor trabajo, ella bien sabía que no tenía las condiciones para estar sola y en un país tan lejano.

—Bueno mujer, ¿y qué hay de malo en eso? Abby es joven, hay que dejarla vivir y que conozca el mundo, ¿acaso quieres verla postrada en la cama el resto de su vida? Debemos animarla a que reinicie su camino otra vez.

—Allá tú si quieres seguir consintiéndola, pero ya a su edad no encontrará trabajo fácilmente y dudo mucho que la recontracten en la Editorial, pues el Señor Chris y su esposa mucho le insistieron en que no renunciara ni que se fuera a Chile, y mírala ahora, con las manos vacías. El Señor Chris hizo bien en contratar a una nueva asistente que sustituyera a Abby en su puesto y, según he escuchado, esa nueva asistente tiene muchos méritos para ascender en la Editorial, además, es joven y bonita, la vi el otro día en la Catedral, en misa del domingo, no pasa de los treinta años, un encanto esa niña, nada que ver con el desastre de Abby que ya ni se maquilla.

—¡Mujer, mujer, deja ya en paz a tu pobre hija! Parece que quieres verla hundida en el lodo y, ya hundida, no sé de qué más serías capaz. ¿No te das cuenta que ella es nuestra única familia ahora y lo único que nos mantiene con aliento para seguir adelante a nuestra edad? —señaló el Señor Israel.

—Un marido es lo que le hace falta a esa hija tuya, que le limpie esa reputación de mujer fácil —respondió burlándose la Señora Alice.

—¡Cállate mujer, ya es suficiente de tonterías! Parece mentira que no puedas apoyar un poco a tu propia hija que se la ha pasado luchando contra su suerte cuatro décadas y... ese tal Mario era un canalla, un Don Juan que se aprovechó de las necesidades de mi hija. Abby es una mujer que tiene todo el

derecho a hacer de su vida lo que ella quiera, ¿acaso no piensas en lo que ella debe sentir al estar sola sin que un hombre la atienda? Compréndela un poco mujer, no la juzgues más —dijo al borde de las lágrimas el padre de Abby, quien comenzó a sorber la sopa con las manos temblorosas al alterarse con la conversación de su mujer.

—Bueno, allá tú, lo único que te advierto es que Abby lleva ya un mes encerrada en esas cuatro paredes y mientras siga con su hermetismo y sus silencios, pues no habrá forma en que podamos ayudarla para que haga algo bueno con lo que le reste de vida, sólo Dios sabe si el día de mañana tú morirás, o yo... ¿y qué crees que hará Abby si sigue así cuando los dos estemos muertos?

—Bueno mujer, si es por el dinero, hay que darle tiempo a que encuentre un nuevo trabajo o apoyarla para que ponga un negocio propio, a Abby siempre le gustaron las flores desde que era una niña, le podríamos apoyar para que ponga su propia florería, además de que el aroma de las flores la alegraría... Si es por el dinero... mira, yo mañana voy a hablar con el gerente del supermercado para que me den más horas de trabajo empacando las despensas para los clientes, así podría ganar más monedas.

—Ay Israel, eso no sería justo, tus piernas ya están muy débiles, Abby es la que debería estar trabajando esas largas jornadas, no tú. Olvida eso de la florería, lo que voy a hacer es decirle a mi amiga Jackeline que pregunte entre sus amistades de la alta sociedad si ocupan una sirvienta para que les limpie sus casas, un trabajo así estaría bien para Abby, pues ella ya no tiene la presentación física para un trabajo en una oficina. Además, limpiando casas no tendría ningún contrato laboral, así cuando tenga una nueva recaída de su corazón no habrá problema con que renuncie y renuncie una y otra vez. Jackeline es una mujer bellísima, va dos veces por semana con sus amigas al Country Club, esa sí que es una buena vida, no sé por qué Dios no me dio una hija como Jackeline —dijo la madre de Abby, mientras tomaba el café y tomaba elegantemente unos bizcochos de mantequilla, figurando la pose de una mujer elegante.

—Ay mujer, nunca cambiarás; espero que nunca te arrepientas de tus palabras porque vas a sentir un dolor muy profundo en tu corazón, y espero

también que un día descubras la bella esencia de nuestra hija, la más fiel de todas las que tuvimos, pues dime, ¿tus otras hijas, María y Carolina, te procuran, te llaman? No mujer, tú sabes que no lo hacen, si acaso se acuerdan de nosotros en alguna Navidad.

El Señor Israel se levantó de la mesa, agradeciéndole a su mujer por la cena. Pasó lentamente las manos por sus cabellos blancos, preocupado, y se fue caminando mostrando el cansancio en sus piernas, sosteniéndose de los muebles que iba hallándose a su paso en el trayecto a su cuarto.

La madre de Abby se quedó sola en el comedor, tomó varias tazas de café y luego sacó del librero de la sala varios álbumes de fotografías familiares, sintiendo un poco de melancolía por todos los sueños que tenía de joven, antes de casarse a los 18 años, ya huérfana de su madre. Su padre, un hombre violento, maltrató a su madre hasta el cansancio y ella, niña aún, fue testigo de todas esas escenas que no podía olvidar, hasta que un día su madre no resistió más las agresiones de su esposo y falleció por causa desconocida a los 38 años, casi la misma edad que ahora tenía Abby. La Señora Alice siempre creyó que la muerte de su madre había sido por tristeza al no ser feliz en su matrimonio; la muerte de su madre la hizo huir de su hogar, perseguida por su padre, quien una vez fallecida su esposa, escribió una carta falsa de su puño y letra, la cual firmó con el nombre de la madre de la Señora Alice; se la dio a leer, cuando ella tenía apenas 16 años. La carta falsa de su padre hacía suponer que la madre de la Señora Alice le pedía a ella que, una vez muerta, atendiera a su padre como su mujer, para que él no se quedara abandonado.

La Señora Alice, atemorizada, huyó con la ayuda de una vieja amiga de su madre, quien le compró un pasaje en tren hacia la capital del país y, así, su promiscuo padre no le arrebatara su inocencia. Huyó, sin nada más que dos cambios de ropa, y no tuvo otra opción que dedicarse a limpiar casas y ganarse de esa forma algunas monedas que le permitieran sobrevivir. Hasta que un domingo, en una plaza pública de la capital, conoció al Señor Israel, quien en ese entonces hacía su servicio militar en las tropas del Ejército; él se enamoró de ella a primera vista y le propuso matrimonio esa misma tarde. La Señora Alice aceptó, no supo si lo hizo por amor completamente, o si además de eso lo hizo para que, una vez casada, su propio padre dejara de acosarla y

perseguirla. En efecto, fue así; cuando la Señora Alice contrajo matrimonio, su padre aceptó que ella nunca sería su mujer como anhelaban sus más bajos instintos sexuales.

La madre de Abby hojeó varias veces los álbumes de lo que ella considera su mayor hazaña en su vida: formar una familia. Ella había cumplido su papel en este mundo de la mejor manera, atendiendo a todas sus hijas hasta los 66 años que ahora tenía. Ella sabía que sus hijas la criticaban por su autoridad, casi militar, y sus juicios que exigían a sus hijas una conducta intachable, más allá de lo que una joven en el siglo XXI podía ser, pero quizá sus exigencias desorbitadas no eran más que un miedo a que ellas no pudieran superar algún gran sufrimiento como ella sí lo había logrado en su adolescencia. Tal vez quería prepararlas para que vencieran cualquier prueba de la vida, por muy fuerte que fuera. Al cerrar los álbumes, se fue silenciosa rumbo a su habitación y apagó las luces de todos los cuartos de la casa, casi mecánicamente y con los ojos cerrados, como si la costumbre de sus días se la comiera viva.

CAPÍTULO

V

Una mañana fría, al amanecer, Abby se levantó de la cama y se sentó aún con la pijama frente al escritorio; encendió la computadora y empezó a escribir un email para Matías, un antiguo colega de la Editorial que siempre le había agradado durante los cinco años que trabajó corrigiendo artículos en la oficina. Cuando Matías y Abby se conocieron, ambos sintieron una chispa de atracción que ilusionó sobre todo a ella, quien se esperanzó en al fin haber encontrado a un hombre que la amara el resto de su vida. Pero, Matías era un hombre muy guapo y atractivo, quien no miraba en Abby todo lo que él buscaba en una mujer, sin embargo, se sintió igualmente atraído hacia ella. Aunque ambos eran de la misma edad, 35 años; la ilusión de Abby no duró más que ocho meses, ya que Matías conoció a una joven de 26 años, Tainara, con la que si bien no sentía una total afinidad, sí era muy bella y, sobre todo, joven, como para formar una familia con ella. Cuando Abby recibió la noticia del propio Matías sobre su próximo matrimonio con Tainara, pasó varios meses hundida en una terrible depresión que agotó las fuerzas de su corazón aún más.

Matías, hombre de bondadoso corazón, se percató de lo que Abby sentía por él y renunció a la Editorial para que ella no sufriera. Un año después, Matías rompió su compromiso con Tainara, volviéndose un hombre ermitaño, cuya vida iba del nuevo despacho donde trabajaba a casa de sus padres. Sus vidas parecían similares en condiciones de soledad, pero Matías tenía claro que Abby no era el tipo de mujer que quería como esposa, y nunca más la buscó.

Cuando Abby comenzó a escribir el email para Matías no sabía cómo empezar, habían pasado ya varios años y había logrado sacarlo de su corazón cuando conoció a Liam y decidió irse con él a Chile. Pero esa mañana ella se sintió tan sola que cuando despertó y abrió los ojos, sintió un impulso

repentino por escribirle a Matías:

Matías, sé que vas a extrañarte mucho con este email, han pasado ya varios años. Espero que estés bien, yo estoy bien por si quisieras saberlo. No quiero que te angusties por mí cuando leas esto que te estoy escribiendo, en realidad ya te olvidé, no quiero que pienses que estoy insistiendo en algo contigo, o que aún sigo enamorada de ti. Lo que pasa es que confío mucho en ti, siempre fuiste un buen amigo y un buen compañero de trabajo, te guardo aprecio, no sé qué tipo de aprecio, pero no te asustes por eso, ¿sí? Lo que pasa es que me siento muy mal y no sé a quién acudir, no es que es que te esté tomando ahora como a un diario... un diario digital si así quieres llamarlo... es que en verdad me siento muy mal y no sé a quién acudir, y contigo podía hablar de cualquier cosa, me inspiraste siempre confianza. Sé que no vas a creer lo que te voy a contar, pero... me enamoré y me fue muy mal. No sé qué hacer Matías. Yo sólo espero que tú estés bien en estos momentos, no sé si volviste con Tainara o si encontraste el amor otra vez, sea lo que sea, solamente quiero decirte que deseo que seas muy feliz. Discúlpame que te tome como a mi diario en estos momentos de mi vida, pero en verdad, no tengo a nadie más a quien acudir. Me enamoré Matías, bueno, no sé si fue amor, pero creo que sí... creo que me enamoré, su nombre es Liam. Lo conocí en este mismo año en un curso de dos meses, aquí en Colombia, vino desde Chile junto a otros amigos, y sentí algo que no podría describirte desde la primera vez que lo vi. Estuvimos conviviendo en el pensionado de la misma universidad donde tomamos el curso. No puedo negarte que sentí algo inmediato por Liam, una afinidad aun sin platicar con él, aunque días más tarde que logramos conversar sentí algo extraño en su mirada hacia mí, parecía que era mutuo, a pesar de que me comentó que tenía una novia en Chile con quien pronto se casaría. Matías, seguramente vas a decirme que es mi culpa, que no debí ilusionarme con un hombre comprometido, pero las cosas no fueron así. Mis conversaciones con Liam durante los dos meses que duró el curso se hicieron más frecuentes hasta convertirnos en confidentes, y fue justo en ese momento cuando me confesó que estaba confundido con su novia, que terminaría con ella al volver a

Chile, pues ella era muy joven, de apenas 24 años, y que quería formar una familia con él, es decir, tener hijos. Liam se desahogó conmigo y me dijo que él no quería tener hijos de momento, pues él ya tenía uno pequeño de un primer matrimonio fallido y que, por eso, sentía miedo de casarse con su joven novia, que él buscaba una mujer cuya prioridad no fuera ya tener hijos, sino amar el resto de la vida como él también quería. Me sentí por eso perfecta para él Matías, pues a mis 40 años ya había descartado como mujer el tener hijos, en verdad que encontré en Liam un bálsamo que parecía sanarme de todas mis frustraciones y sueños no cumplidos como mujer. Cuando el curso concluyó él y yo seguimos en comunicación por WhatsApp, hablábamos a diario y la intimidad entre nosotros creció hasta que cuatro meses después decidí renunciar a todo en Colombia e irme a vivir a Chile, buscar allá un nuevo trabajo, iniciar una nueva vida junto a él en su país. Matías, no me juzgues por favor, te juro que me enamoré de él con tanta intensidad que ya nada me importó. Por eso abandoné todo lo que tenía en Colombia, pero dime, ¿qué tenía yo en Colombia? Sé que tú me comprenderás Matías. Cómo te extraño, quisiera contarte esto en persona, sé que tú me aconsejarías algo bueno que me hiciera sentir mejor. Las cosas no resultaron como esperaba, tan sólo duré unos meses en Chile; cuando recién llegué allá Liam fue muy caballeroso conmigo, pero desde el primer momento me dijo que no podía salir conmigo por las tardes pues tenía muchas responsabilidades con su trabajo y con su pequeño hijo, a quien tenía que cuidar durante los fines de semana. Poco a poco lo vi más huraño hasta que un día estalló y me confesó que él seguía amando a su novia de 24 años, que si bien se habían dejado de ver durante el tiempo en que estuvo en comunicación conmigo, había pensado bien las cosas y volvieron para reconciliarse y comprometerse finalmente en matrimonio. Ay Matías, sé que esa no es la verdad. Muchos hombres dicen que no es la belleza ni la juventud lo que buscan en una mujer, sino también lo que hay dentro de ellas, pero eso no es cierto, tarde o temprano la belleza y la juventud ganan, tú lo sabes bien Matías. ¿Tú a quién hubieras elegido, a la joven de 24 años, bella y joven, o a la mujer de 40 años, con el corazón enfermizo, sin mucha belleza y sin esa jovialidad de los 24? No me engañes Matías, ¿acaso no fue

lo mismo que hiciste tú al elegir a Tainara? Perdóname amigo mío, no pienses que te estoy juzgando, no, ya sabes que lo que más anhelo es que seas feliz. Lo único que intento decirte es que me siento muy triste y que siento que ya no puedo continuar más mi vida, las fuerzas se me acabaron con tantas decepciones amorosas. Tengo miedo a seguir arriesgando mi corazón, a que me sigan lastimando, a que siempre me pongan en una balanza, una y otra vez, junto a una joven con mejores condiciones que las mías. Mis últimas semanas en Chile fueron desastrosas, Liam se volvió agresivo conmigo hasta que evitó toda comunicación conmigo para defender la estabilidad de su compromiso con su novia. No supe qué hacer, quizá pude haber resistido, pues finalmente era libre al estar en Chile, lejos de la cárcel de la casa de mis padres en Colombia, pude haber sido fuerte y quedarme allí, trabajar, pero no pude... te juro que no pude... mi corazón estaba destrozado ante la indiferencia de Liam, por quien había dado todo, o lo poco que tenía en mi vida. Me he quedado sin nada, ahora estoy desempleada y con los juicios de mi madre que me persiguen día y noche. Tengo todavía esperanza en que Liam vuelva a mí, ¿crees que lo haga? Quizá él descubra que es a mí a quien ama, que soy yo la mujer ideal que él necesita. Perdóname por escribirte esta carta, iba a ser un email corto, pero ya se volvió una larga carta, no me juzgues tú también Matías, por favor te lo pido. Sólo te pido que ores al cielo por mí porque siento que me estoy muriendo por dentro, que pidas a los ángeles que pronto sane, que logre volver a creer en el amor y que mi vida tenga algún sentido.

Cuando Abby presionó el botón de *ENTER* y fue enviado el email para Matías, apagó la computadora sabiendo perfectamente que Matías no respondería, pensó en ese momento que tal vez había cometido un error al escribirle luego de tantos años, que había sido un impulso, pero que necesitaba hacerlo. Su intuición no fue errónea, pues Matías nunca respondió a su email.

CAPÍTULO VI

Dos semanas antes de Navidad, Consuelo llamó a Abby desde San Pedro, Chile. El encierro de Abby se estaba volviendo enfermizo luego de un mes y medio. En esos momentos de su vida, su madre había optado por portarse seca y cortante con su hija, y ya casi no hablaba con ella, mientras que el Señor Israel llegaba cada noche a casa a darle ánimos para que rehiciera su vida.

—Hola Abby, ¿cómo estás? He pensado mucho en ti, me he sentido preocupada desde que partiste de Chile —dijo Consuelo al teléfono.

—Consuelo, ¿qué puedo decirte? La verdad es que no sé cómo me encuentro, sigo desempleada y siento no tener fuerzas para seguir adelante querida amiga mía, amo a Liam, siento que él recapacitará su decisión —respondió Abby con un tono un tanto desgarrador en su voz.

—Abby, Liam no volverá a ti, tienes que aceptarlo, él ya tomó su decisión y no es justo que pierdas más el tiempo por ese hombre, tal vez ya hasta se haya casado, no es bueno que sigas pensando en él —dijo Consuelo, con dolor en su alma por aquella joven dulce que había conocido meses antes en San Pedro.

—Pero siempre hay esperanza Consuelo, no puedo perderla.

—Abby, recuerda bien esto: no es bueno que pienses en un hombre que ya está comprometido o casado, pues ese hombre ya no te pertenece, ya le pertenece a esa otra mujer —dijo Consuelo conmovida por la falsa esperanza de Abby al teléfono.

—Consuelo, le he escrito a Matías, el chico del que te conté, mi ex colega en la Editorial donde antes trabajaba —dijo Abby, cambiando abruptamente de tema para evitar que Consuelo truncara sus esperanzas por Liam.

—¿Te refieres al hombre que te dejó por la joven de 26 años cuando trabajabas en aquella Editorial que me costaste?

—Sí, ese mismo Consuelo, le escribí hace varios días, no sé, tal vez

todavía siento algo por él, ¿crees que sea Matías el amor de mi vida? Éramos tan afines y él finalmente rompió su compromiso con Tainara —dijo Abby otra vez esperanzada.

—Abby, sabes que eso no sucederá, no te hagas más daño a ti misma, no puedes ir por la vida dándole vueltas a tu pasado como un remolino, es mejor salir de ese remolino ¿no crees?; según me contaste, Matías fue siempre claro con sus sentimientos hacia ti, él nunca te amo Abby...

—Pero Consuelo, le he contado mi historia con Liam en un email, han pasado años, tal vez él ahora sí me ame —dijo Abby.

—Mi pequeña, mi dulce amiga, olvida todo eso por favor, debes esforzarte por iniciar una nueva vida para ti, conquista la vida que siempre quisiste, no construyas un destino con las migajas de los otros, tú eres hermosa, mientras no te decidas a abandonar ese pasado que llevas arrastrando, ¿cómo entonces llegará a ti el amor de tu vida? —le aconsejó Consuelo.

—Soñé con Liam hace dos noches Consuelo. En el sueño, él se sentaba frente a mí en una mesa en una sala vacía, color blanco. Me miraba fijamente y me pedía perdón, luego se sonreía, tan maravillosamente como él hacía cuando nos conocimos —relató Abby, cambiando abruptamente de tema, una vez más, para defender sus dispersas esperanzas en el amor.

—Pero es sólo un sueño Abby, debe ser tu mente, esos deseos ocultos de tu inconsciente y... ya no quiero que sigas sufriendo por Liam. Te confieso que me duele aconsejarte eso, pues a mí me hubiera encantado que formalizaras un noviazgo con Liam y te quedaras junto a él en Chile, así también te hubiera podido ver más seguido a ti, pero, eso ya no sucederá, fue solamente un sueño y debes hacerle justicia a toda tu lucha como mujer para salir adelante, pese a que no has tenido las condiciones ideales para ser feliz como tú quieres. Eres una mujer, Abby, más fuerte de lo que tú misma crees y no te has dado cuenta de ello. No quiero que el tiempo se te vaya encerrada en tu recámara. Te llamaré otra vez en quince días, sé que vas a estar bien —se despidió Consuelo, mientras Abby se quedó en silencio, meditando en las palabras de su amiga, desde Chile. Abby estaba confundida y una chispa de aquel viejo sentimiento por Matías había despertado otra vez en ella de la noche a la mañana. Ahora sentía su corazón dividido entre Liam y Matías, en ambos tenía

esperanza y se negaba a olvidarlos como Consuelo le había aconsejado. Tal vez no era amor lo que sentía por ellos, sino una manera para no dejar de sentirse mujer y de enfrentarse con su presente, con lo quien ahora era.

CAPÍTULO VII

En la víspera de Navidad, Liam sintió la necesidad de releer todos los mensajes de Abby desde que se conocieron en Colombia hasta volverse novios. Él quería borrarlos desde que Abby partió de Chile, pero un sentimiento inexplicable lo frenaba. Liam sentía que Abby lo había abandonado al irse tan intempestivamente, trató de poner la situación en una balanza; por un lado estaba Kathe, su antigua novia con la que había terminado poco después de conocer a Abby y, por otro lado, la misma Abby que decía amarlo con toda su alma. Intentó leer cada mensaje con cuidado, tratando de descubrir qué había sucedido en su relación con Abby, cuando todo parecía ir de maravilla para consolidarla en un compromiso formal. Estaba contrariado, sentía amar a Abby, pero a la vez lo invadía un resentimiento porque interpretaba la huida de Chile de Abby como un abandono, como si ella se hubiera dado por vencida en la lucha por su cariño cuando él le informó que Kathe había vuelto a su vida para retomar la relación. Liam sintió en esos momentos que una tristeza se apoderaba de su garganta y quiso llorar, cuando timbró su celular anunciando en la pantalla la fotografía de Kathe.

—Hola mi amor, ¿estás en casa? —preguntó Kathe con tono meloso.

—Hola Kathe, ¿cómo estás? Sí, estoy en casa de mis padres, estamos remodelándola, había olvidado comentarte que hace unos meses, mientras ya no nos mirábamos, mi padre decidió vender nuestra antigua casa para mudarnos al mejor barrio de Santiago, aún no termino de desempacar las cosas en mi recámara —le explicó Liam a Kathe; habían estado casi un año sin comunicación desde que habían terminado su noviazgo y ambos estaban poniéndose al tanto de lo que habían vivido en ese tiempo en que dejaron de frecuentarse.

—¡Ay amor, tu padre siempre tan maravilloso! La empresa de tu padre es una bendición para tu familia, pero lo mejor de todo es que tú seas el gerente

de sus negocios, no se equivocó en enviarte a la mejor universidad de Chile para heredarte la dirección de su empresa —le dijo Kathe con un tono que intentaba matizar como de mujer madura.

—No puedo quejarme Kathe, como bien dices, mi padre ha depositado siempre su confianza en mí.

—Estoy tan orgullosa de ti mi amor, y más porque ahora vivirán en el mejor barrio de Santiago, el de la clase más alta del país —añadió Kathe, mostrando indiferencia hacia la riqueza.

—Bueno Kathe, te pido disculpas si te he tenido un poco abandonada en los últimos días, ya imaginarás a mi madre asignándome cada día nuevas tareas para remodelar esta enorme casa a la que nos hemos mudado.

—Carolina, tu madre, es un amor, tanto como tú Liam, me siento muy feliz de que hayamos superado nuestra separación.

—Sí... también yo —dijo Liam con un tono bajo, no pudiendo evitar visualizar en ese justo momento el rostro de Abby en su mente.

—Amor... ¿estás ahí, por qué te has quedado en silencio? Mira, Liam, sé que aún piensas en ella, ¿Abby dices que se llamaba? Te entiendo amor, y no tengo nada en contra de ella, ni quiero que me cuentes sobre su vida. Solamente te pido que valores nuestro amor y esos dos años que llevábamos juntos tú y yo antes de que conocieras a esa mujer en Colombia. No quiero que pienses que estoy molesta, porque no es así. Sé que es común que todas las parejas que están a punto de casarse pasen por grandes crisis; son pruebas de la vida amor, sé en el fondo de mi corazón que tú no amas a esa chica colombiana, entiendo lo de su enfermedad y sé que tú, tan dado a la protección, debiste conmoverte con su historia de vida. Sólo te pido que no olvides mi amor que... —le dijo Kathe a Liam cuando no pudo más contener el llanto al teléfono y no pudo hablar más.

—Kathe... ¿estás llorando? —preguntó Liam.

—Amor, no es nada; es que te amo mucho, te llamaré más tarde. Voy saliendo de casa con mi madre a la plaza comercial del centro, iremos a comprar algunos adornos para los preparativos de nuestra boda —dijo Kathe, recuperando el ánimo.

—Hablamos después —añadió Liam un tanto frío, sin ganas de querer

alargar más la llamada, sintiendo en ese momento que una flecha de indecisión lo atravesaba en su corazón.

Liam ya no quiso seguir la lectura de los últimos mensajes de Abby, una duda lo inquietaba ante la proximidad de su boda con Kathe, esa joven de 24 años a quien consideraba desprotegida en su país. Ella había emigrado de Caracas, Venezuela a Chile hace cuatro años; la situación económica y social en su país era devastadora, escaseaba el alimento, el dinero y el empleo. La Señora Ana, madre soltera, era la única familia de Kathe, en Caracas. La Señora Ana tenía un cuerpo escultural para su edad, 45 años; usaba minifaldas muy entalladas, tacos muy altos que hacían ver sus piernas más torneadas y sobre su espalda caía su larga cabellera lacia color negro; daba la impresión de que su juventud se había truncado por el embarazo inesperado de Kathe, quien al nacer, sólo contó con el amor de la Señora Ana. El padre de Kathe abandonó a su madre cuando ella tenía seis meses de nacida; desde entonces, la Señora Ana se dedicó a la venta de productos de belleza para salir adelante y darle una carrera universitaria a su hija. Tal vez la vida premió su esfuerzo, ya que Ana conoció a un inversionista de bienes y raíces chileno que viajó una temporada a Caracas para hacer negociaciones de inmuebles hoteleros; él le ofreció que se mudara con él a Chile para que viviera con todas las comodidades en un lujoso condominio junto a Kathe, recién graduada de la Facultad. La Señora Ana no lo pensó dos veces y decidió correr el riesgo de mudarse a Chile para probar ese estilo de riqueza que su novio le prometió.

El sueño de Kathe era ser modelo de pasarela, era una joven que fácilmente se enamoraba de todos los objetos artísticos y coloridos, tal vez producto de su alma sensible que extrañaba su tierra natal y esas bellas playas venezolanas que le obsequiaban a su piel ese calor del sol a su interior que sustituía la ausencia de su padre y su afecto.

Cuando Liam conoció a Kathe se conmovió de inmediato con su historia, pues Liam era un hombre que no podía soportar ver a alguien sufrir, tenía la virtud de anhelar proteger siempre a los necesitados, a aquellas almas frágiles que deambulan por la vida y, Kathe, era una de esas almas a quien él quiso proteger de inmediato, convirtiéndola en su novia para llevarla a pasear por cada rincón de la ciudad de Santiago de Chile. Pero, Kathe sabía en el fondo

de su corazón que no lo amaba, era algo que comprendía perfectamente y que le ocultaba a Liam, por consejo de su propia madre.

—¿Hablaste ya con Liam, Kathe? ¿Sigue en pie la misma fecha para la boda? —le preguntó la Señora Ana a Kathe, mientras manejaba el vehículo rumbo a la plaza comercial del centro de la ciudad.

—Ya hablé con él mamá... nada... qué puedo decirte... todo sigue normal —respondió Kathe con desgano, mientras presionaba el botón para bajar el cristal de la ventana del automóvil y respirar aire puro.

—Debes mostrarte más amorosa con él Kathe, a un hombre no se le conquista con esas caras tristes que pones —le aconsejó la Señora Ana a su hija.

—Mamá, tú sabes bien que no lo amo, ¿quieres que ponga una gran sonrisa en mi cara como si de verdad la amara, ahora que estamos solas tú y yo?

—Lo que quiero decir, Kathe, es que seas inteligente; Liam es un gran partido para ti, es el heredero directo de las empresas de su padre, dudo mucho que su hermana tenga interés en dirigir los negocios de la familia, a esa niña sólo le interesa la fiesta y malgastar el dinero en viajes a Europa. En cambio, Liam es un hombre muy responsable, de muy buen corazón y sobre todo trabajador, se la pasa día y noche velando las empresas de su padre —dijo la Señora Ana, mientras mantenía una mano sobre el volante para manejar y con la otra sacaba de su bolso con dibujos de palmeras unas gafas oscuras muy grandes que hacían juego con su larga cabellera lacia.

—Sí, supongo que es así, tanto que me tiene abandonada. Ya sabes que me aburre un poco la dinámica de vida de Liam. No puedo negarte que me gusta, mamá, es muy guapo, pero hay una diferencia de edad muy grande entre él y yo, y ese hijo de su primer matrimonio fallido lo absorbe los fines de semana; una o dos veces nos vemos cada siete días... yo quisiera bailar, extraño tanto la alegría de mis amigos de Caracas, ir a eventos de arte, ya sabes que me encanta todo eso —dijo Kathe sintiendo una emoción en el pecho al recordar los buenos momentos junto a sus amistades en Venezuela.

—Pues dirás lo que quieras Kathe, pero no vas a encontrar un mejor partido que Liam en Chile; tú bien sabes lo difícil que es vivir en otro país, la discriminación que hay hacia los venezolanos aquí y en todo el mundo; dale

gracias a Dios que la vida te dio ese cuerpazo y esa belleza que tienes de pies a cabeza, a la que Liam no ha podido resistirse... ahora que llegemos a la plaza comercial te voy a comprar unos vestidos y minifaldas más atrevidas para que lo conquistes de una buena vez por todas, tienes que lucir esas curvas perfectas ahora que eres joven hija, sé inteligente por favor.

—Está bien mamá, no te preocupes, Liam está más que prendido de mí, lo único que me preocupa es que todavía tenga en la mente a esa colombiana, la tal Abby, hoy que hablamos por teléfono sentí a esa mujer en su silencio que le bloqueaba la voz —replicó Kathe, mientras se recogía sexymente su cabello con un broche metálico color rosa brillante.

—Esa mujer no cuenta Kathe, no puede competir contigo en ningún aspecto. Por lo que me has dicho que Liam te contó de ella, tú no tienes competencia con esa tal Abby, ¿tú crees que Liam va a elegir a esa mujer de 40 años y enfermiza en lugar de a mi hermosa Kathe con sus dulces 24 añitos y sus medidas perfectas de 87-60-87? ¡A menos que fuera idiota! Además, esa tal Abby, a su edad, ya no podrá darle hijos. Recuerda Kathe que una “Betancourt” nunca pierde una conquista de un hombre.

Kathe no pudo evitar reír frenéticamente cuando su mamá la llenaba de halagos y se sintió tan agradecida con la vida por su belleza física que subió el volumen de la música romántica-tropical que sonaba en el vehículo durante el trayecto hacia la plaza comercial.

Mientras tanto, Carolina, madre de Liam, preparaba un asado en el patio de la casa, al mismo tiempo que daba indicaciones a sus dos empleadas domésticas para que pusieran los platos y los cubiertos en una mesa al aire libre. Liam se acercó a ella y le dio un dulce beso en la mejilla.

—Voy a salir, mamá, nos vemos por la noche —dijo Liam puntualmente sin querer dar más explicaciones.

—Liam, ¿no te quedas al asado? Tu padre invitó a la familia Barnechea para compartir con nosotros, nuestros nuevos vecinos, han llegado de Barcelona.

—Lo siento mamá... necesito pasear solo unas horas —dijo Liam con cierta tristeza.

—¿Y Kathe, no va contigo?

—No mamá, ella tiene cosas qué hacer con su madre.

—Anda hijo, regresa temprano, ve a pasear, seguramente son las tantas emociones por tu próxima boda las que te tienen así.

—Tal vez... —dijo Liam, con incertidumbre en su corazón. Salió en su vehículo lujoso sin ningún destino en especial y comenzó a vagar por las calles de Santiago, de noche, en espera de recibir alguna señal del cielo que aclarara sus dudas en el amor. Los latidos de su corazón estaban alterados y una angustia invadía su pecho al no saber si estaba haciendo lo correcto y lo mejor para él, para Kathe y también para Abby, a quien consideraba una mujer valiente al haber dejado todo en Colombia para mudarse a Chile por él, ya que ninguna mujer antes de Abby había dado tanto por él como ella; pero, Kathe, esa joven desprotegida y también lejos de su país, con ese bello rostro angelical, le conmovía igualmente las fibras más profundas de su Ser. Liam sabía que no podía brindarle protección a ambas, sólo una de ellas podría llegar al altar junto a él para convertirse en su esposa para el resto de su vida.

CAPÍTULO VIII

Una vez que Matías renunció a la Editorial, se sintió en paz consigo mismo; era un hombre bondadoso y dulce, características poco comunes en el mundo de la abogacía. En realidad, él quiso estudiar Derecho desde muy joven para defender a aquellos seres necesitados en alguna circunstancia adversa de la vida, pero sus padres creyeron que, debido a su caballerosidad, su gusto por la poesía desde temprana edad y su elegancia para andar y para expresarse con las personas de su entorno, era mejor inscribirlo en la Facultad de Relaciones Exteriores y, así, se convirtiera tarde o temprano en un Diplomático de las oficinas de gobierno del país. Mas, conforme pasaron los años en la universidad, fue creciendo en Matías el gusto por la poesía clásica amorosa; era común que asistiera a la biblioteca de la Facultad y tomara un enorme libro de Economía, se sentara largas horas hasta muy tarde para hacerse creer así mismo que podía amar su carrera; pero, después de horas de tedio, memorizando conceptos que no tenían ningún sentido para él, sacaba de su maletín algún libro pequeño de poesía amorosa, el cual ponía debajo del gran libro de Economía para sentir su corazón acelerarse al entrever de vez en vez esos poemas que despertaban la pasión por amar a una mujer que lo quisiera con la misma intensidad.

Su calvario inició al concluir sus estudios, pues al no sentir vocación por su profesión, sus padres, el Señor Gerardo y la Señora Teresa, comenzaron a desesperarse de ver a su joven hijo sin empleo y sin entusiasmo por conseguir alguna forma de sobrevivir por sí solo. Matías, como hombre, huía de las discusiones diarias de sus padres, quienes se reclamaban uno al otro el fracaso profesional de su hijo, al no mostrar interés en aparentemente nada. Cansado de las acaloradas discusiones familiares, Matías se refugiaba en una pequeña playa a varias horas de la ciudad de Bogotá durante los fines de semana, donde sentía que la brisa aminoraba un poco su angustia y lo

reanimaba a tener al fin el valor de rebelarse a ese caos familiar que parecía perseguirlo a todas partes. Aunque Matías había contraído matrimonio con Camila cuando tenía 25 años, también formada en Relaciones Internacionales, su unión duró escasos seis meses, debido al carácter autoritario e imponente de Camila, para quien lo más importante era su profesión. Si bien los padres de Matías apoyaron inminentemente su matrimonio con Camila, él estalló de impotencia al no tener las riendas de su vida hasta esa edad, ni siquiera en los asuntos amorosos. Su carácter bondadoso y dulce, lejos de hacerle un bien, parecía haberle destruido en la primera mitad de su vida, convirtiéndolo en un títere a quien las personas manejaban a su antojo.

Su duelo tras el divorcio fortaleció su carácter y fue así que después de tiempo, encontró una vacante de trabajo en la Editorial del Señor Chris González. El Señor Chris le había contratado para que se encargara de los convenios y contratos con editoriales extranjeras; era un hombre que se esmeraba en sus actividades, de una concentración maravillosa y una inteligencia prodigiosa que no le gustaba mostrar ante los demás, pues no le interesaban los reconocimientos.

Su encuentro con Abby fue memorable para él; ella lo impresionó desde la primera vez que se toparon en un pasillo de las oficinas de la Editorial; mas, era un hombre de pocas palabras, tímido, que a la vez disimulaba cualquier mínima emoción; por eso mismo, quienes lo conocían miraban en Matías a un tipo frío, de atmósfera alejada del mundo, quizá voluble e inconsistente. Abby, le recordó a Matías a esas mujeres enigmáticas y distintas que eran descritas en esos poemas inolvidables que tanto disfrutaba leer. Se trataba de una atracción que no tenía que ver con lo físico, sino probablemente una conexión relacionada con las estrellas. Sin embargo, Matías había soñado siempre que la mujer de su vida tendría esas mismas características “físicas” que las musas de los poemas más románticos, de belleza inigualable para admirarla cada noche que le hiciera el amor, y fue justo eso lo que creyó encontrar en Tainara, una joven cantante de coros de 26 años, de buena posición social, hija de unos viejos amigos de sus padres. Cuando Matías la conoció, él había llegado a los 36 años. Intentando resolver el futuro de Matías, sus padres encontraban que la dulzura de Tainara se hallaría bien con el carácter pacífico de Matías y que

eso, tal vez, lo impulsaría a salir adelante profesional y económicamente para formar una familia junto a la joven Tainara. Sin poner objeción, Matías se comprometió con Tainara a los pocos meses de que salieran juntos, lo cual agradó a sus padres, y finalizando así las tensas discusiones familiares que hacían, día a día, más introvertido a Matías.

—Padres, necesito hablarles de un asunto importante —dijo Matías al Señor Gerardo y a la Señora Teresa una mañana durante el desayuno.

—¿Qué pasa ahora Matías, es sobre Tainara, piensan adelantar la boda? —respondió ansiosa su madre.

—¡No mamá, no es eso! Es sobre mi inscripción a la Facultad de Derecho, como ustedes han visto, el Señor Chris González está muy satisfecho con mi trabajo en la Editorial, el salario es bueno y la jornada de pocas horas, por lo que he decidido estudiar Derecho —dijo Matías.

—¡Ay Matías, a tu edad y estudiando otra vez! ¡Olvida ya eso de ser abogado, tú no naciste para eso, no tienes el carácter para litigar! —dijo su padre un poco molesto mientras comía con prisa.

—Bueno papá, ya te he dado gusto en todo en mis 36 años, me gradué en Relaciones Exteriores, ya no puedes quejarte de mí por no tener empleo, y estoy comprometido con Tainara, a quien encuentras como la mujer ideal para mí, ¿no te parece suficiente? —dijo Matías intentando sacar a la luz por primera vez su carácter fuerte.

—¡Haz lo que quieras Matías! Mientras sigas en la Editorial para formar tu futura familia con Tainara, a nosotros ya no nos preocupa nada de lo que hagas de aquí en adelante —dijo su madre, indiferente ante los sueños de su hijo.

—Claro, no podía esperar más de ustedes, pues bueno, creo que debo decirles gracias tal vez —respondió Matías al mismo tiempo que se puso de pie y se retiró de la mesa. Tomó las llaves y su abrigo del perchero para salir de casa en su automóvil rumbo a la playa que se había convertido en su escondite predilecto para aliviar sus frustraciones como hombre los fines de semana. Horas más tarde, al atardecer, entró una llamada de Tainara a su celular.

—Matías, llama Tairana, te he estado marcando y tu teléfono me envía al

buzón, qué bueno que respondes, el próximo domingo habrá concierto del coro y me gustaría que estuvieras presente... ¿dónde estás Matías? —preguntó Tainara.

—En un lugar especial —dijo Matías, atesorando sus sentimientos, no porque no confiara en Tainara, sino porque no era una mujer, pese a su dulzura, que le inspirara confianza para abrirle su corazón.

—¿Puedo saber cuál es ese lugar especial de mi futuro esposo? —insistió Tainara, un poco sentida por la seriedad de Matías hacia ella.

—Mira Tainara, te agradezco la invitación al concierto, pero no podré asistir, hay muchos pendientes en la Editorial y es probable que vaya unas horas a la oficina el próximo domingo para adelantar algunos convenios; debo colgar ahora, te llamo pasado mañana —dijo Matías, quien sintió un extraño arrepentimiento al tener un compromiso con una mujer de quien no estaba seguro si amaba, a pesar de su belleza y dulzura, tan semejante a quienes habían inspirado a esos grandes poetas, admirados por él.

Al colgar, Tainara se quedó pensativa en su habitación con respecto a su noviazgo con Matías. Lo amaba, sí, pues sus almas eran tan similares, como si se complementaran uno al otro perfectamente; la bondad de Matías y su timidez despertaban en Tainara una pasión por entregarse a él y ser acariciada cada noche por esa dulzura y tibieza que ya imaginaba en las manos de Matías, recorrerla de los pies a la cabeza. Ella no comprendía esa faceta de Matías al volverse repentinamente indiferente, como si disfrutara de esa soledad y ese apartamiento del mundo, y pensó en si una vez casados, él continuaría asistiendo a ese lugar especial del que no había querido hablarle durante la llamada. «¿A dónde iremos juntos?», se preguntó Tainara a sí misma, «*si él no es capaz de confiarme siquiera de ese lugar especial que parece ser tan importante y privado para él*».

Sentado sobre una roca, Matías escuchaba atentamente las olas del mar mientras la brisa jugueteaba en la piel de su rostro. Sin importarle el frío del invierno, pasaba horas en lo que parecía ser una conversación con el mar. No comprendía cómo ese amor con la mujer ideal que siempre imaginó desde muy joven no lo llenaba ahora, en el presente; se sentía vacío, a pesar de la compañía de Tainara, su belleza casi celestial no lo llenaba como lo hacían

esas hermosas mujeres angelicales a los poetas que durante años había leído. «¿Cómo la belleza inigualable de una mujer puede causarme este vacío tan inmenso?», le cuestionaba Matías a su corazón mientras observaba el ir y venir de las olas del mar, «¿Por qué ni su belleza ni su juventud me seducen ni me provocan esa pasión para escribirle siquiera un poema de amor?», se preguntaba Matías pidiendo una respuesta al horizonte, al que confiaba sus más delicados secretos. Una hora después, se despidió del mar rumbo a casa en su automóvil.

La renuncia de Matías que presentó en la Editorial, provocó la ira de sus padres, quienes nunca comprendieron los motivos de su decisión. Su motivo había sido Abby, a quien vio entristecerse al comentarle de su compromiso con Tainara. Él intuía que había nacido una ilusión amorosa en Abby por él desde que se conocieron en la Editorial y, simplemente, no quería lastimarla, pues conocía perfectamente su situación inestable de salud; los ojos tristes y melancólicos de Abby eclipsaron el espíritu bondadoso de Matías, quien prefirió reenfocarse en su carrera como abogado y olvidar para siempre las Relaciones Internacionales. Después de todo, ella no era el ideal de mujer que buscaba para un matrimonio; si bien la belleza de Abby era singular, distinta a la de la mayoría de las mujeres, Matías se encontraba en una etapa de su vida de confusión donde su prioridad era superar todos esos viejos anhelos que nunca cumplió por obedecer ciegamente la voluntad de sus padres. La fragilidad del cuerpo de Abby lo conmovió profundamente, así que no temió en presentarle al Señor Chris su renuncia, luego de hacer un buen ahorro en el banco por el tiempo trabajado en la Editorial. Más tarde, sucedió el rompimiento con Tainara donde, de hecho, ella había tomado la decisión de dar por terminado el compromiso al no comprender al hombre con quien pensaba pasar el resto de su vida.

CAPÍTULO IX

A unos días de la celebración de la Noche Buena, Abby continuaba recluida en su habitación. La Señora Alice comenzaba a aceptar la conducta de su hija, siendo indiferente con ella. Recordando la infancia de sus hijas, sacó de un pequeño cuarto varias cajas de cartón con adornos navideños que arrastró hacia la sala. En ese momento Abby salió de su recámara y al pasar por la sala, rumbo a la cocina, se percató de la presencia de su madre.

—Estás subiendo de peso Abby, esa vida que llevas no te está haciendo nada bien —dijo su madre sin siquiera verla a los ojos, concentrada en desempacar los adornos de las cajas.

Abby la miró unos segundos y continuó indiferentemente su camino hacia la cocina donde calentó un poco de leche con canela en una taza; luego caminó de nuevo hacia su habitación.

—Abby, deberías ayudarme a colocar estos adornos, tenemos que estar preparados, tus hermanas podrían venir de visita esta Navidad —dijo la Señora Alice.

—Mamá, sabes bien que ellas no vendrán más, no te ilusiones ni siquiera con una llamada telefónica porque tal vez ni eso harán por sus padres —dijo Abby, dejando su taza caliente sobre una mesa redonda en la sala para poder tomar unos adornos azules y blancos y ayudarle a su madre a colocarlos.

—¿Sabes una cosa, hija? Creo que es tiempo de que aceptes tu destino, ya no eres una niña, no puedes pasar el resto de tu vida recluida cuando eres libre; sí, ya sé qué vas a decir, que no me meta en tus asuntos, pero mírate, vieja, enferma y estoy notando que la falta de movimiento te está haciendo ganar peso en el abdomen. Piensa en tu padre, Abby, trata de ponerte en su lugar, pasa las noches sin poder dormir pensando que algo malo te sucedió en Chile —dijo la Señora Alice.

—Pues no deben preocuparse por mi vida, mamá, ya te lo he dicho de mil

maneras. Yo veré la forma de encontrar un nuevo trabajo y ya no tendrás más quejas de mí —le dijo Abby al enroscar unos adornos más sobre un librero y la mesa de centro de la sala; después tomó su taza con leche y se encerró nuevamente en su cuarto.

En el fondo, la Señora Alice intuía que el viaje a Chile de su hija había sido por un hombre, de ahí que la reprendiera tanto. Pero no tenía pruebas en esta ocasión para reclamarle a su hija su impulsividad en el amor. Para ella, Abby había sido desde niña la hija más introvertida, de entre sus tres hijas; sin embargo, ella exhalaba en su piel cierta pasión e intensidad que no tenían María y Carolina; por eso, presintió, desde que Abby era una niña, que ella sería quien más dirección y autoridad de su parte requeriría. El carácter pasional de su hija la hacía temer como madre, pues recordaba a su propio padre y sus bajos instintos de hacerla suya una vez fallecida su madre. La madre de Abby conocía en carne propia como todos los seres, sin importar relación o parentesco, poseen en lo más profundo de ellos ciertos instintos que las mismas personas muchas veces desconocen que tienen y que aparecen cuando uno menos lo imagina para cometer terribles errores que pueden acabar con el buen destino de una persona. De ahí que temiera tanto por Abby, pues su carácter introvertido la hacía reprimirse aún más a ella misma, destapando violentamente sus más secretas pasiones en los momentos más inesperados, justo como ocurrió con ese hombre, Mario, a sus 26 años, quien, de alguna manera, se prestó para ser el amante de Abby; su hija había sido una ingenua y tonta, desde el punto de vista de la Señora Alice, pues nada ganó con esa relación más que hundirse en una mayor soledad una vez que terminó ese relacionamiento. Abby era una mujer frágil, pero al mismo tiempo impulsiva y pasional, y necesitaba corregir ese defecto en ella si en verdad quería encontrar el amor, pues, ¿qué ganaría entregándose a un hombre y a otro más por pasión y con tanta facilidad? En cambio sus hermanas, pensaba la Señora Alice, habían sido más inteligentes al darse a desear a los hombres, al no entregarse tan fácilmente al primero que se les pusiera enfrente, de ahí que ellas hubieran logrado ahora gran fortuna en sus vidas. No importaba que María y Carolina no amaran con tanta intensidad a sus maridos, es decir, con esa intensidad con que Abby vivía. Para la Señora Alice, el amor era una

cuestión más fría y de autocontrol, donde debía tenerse un carácter casi matemático, una inteligencia cerebral, no del corazón, para lograr la felicidad y la estabilidad a lo largo de la vida. La pasión de Abby era demasiada, pues a sus 40 años no podía todavía educarle ese defecto emocional, en sus sentimientos y en su manera de ver al amor. Su madre agradecía al cielo por la enfermedad de Abby, pues sus recaídas del corazón que la aniquilaban hasta dejarla tendida en la cama, era una forma de frenarla en su existir, tal vez, de salvaguardarla, para hacer frente a su pasión como mujer.

CAPÍTULO

X

Por la noche, puntualmente a las 19:00 horas, el Señor Israel llegó a casa, muy cansado, y se sentó en el comedor. La Señora Alice estaba calentando la cena. El padre de Abby notó los adornos navideños que su mujer había colocado también en la cocina.

—Mujer, voy a conseguir un segundo empleo, hoy lo decidí —dijo el Señor Israel, mostrando cansancio en su rostro, pero una leve sonrisa optimista al mismo tiempo.

—¿Estás loco, Israel? ¿Quién te dará trabajo a tus 70 años? ¡Con muchos esfuerzos puedes caminar, las piernas ya no te responden! —dijo la madre de Abby.

—¡Calla, mujer! Por supuesto que puedo, sólo hay que tener un poco de fe. Abby necesita ahora nuestro apoyo, sabes bien que su enfermedad es recurrente, en cualquier momento puede volverle un nuevo episodio de dolor en su corazón —dijo el Señor Israel, con seguridad en que esa era su obligación como padre mientras viviera.

—Vaya vaya, esa hija tuya es una fracasada, no va a llegar muy lejos así. Ya te he dicho que lo mejor para ella ahora que está vieja es que se vaya a trabajar como sirvienta, a ver si la limpieza la hace reaccionar y entender que también tiene que limpiarse por dentro esa alma sucia que carga de telarañas en su mente —dijo la madre de Abby.

—Ay mujer, nunca cambiarás, sólo porque soy tu esposo sé que tú la llevaste en el vientre cuando estabas embarazada, de lo contrario, cualquiera pensaría que no es tu hija —dijo el Señor Israel, con ese carácter pacífico que había cultivado desde niño.

—Tú no sabes de mis formas de querer, Israel, ni entiendes nada de la vida, ni mucho menos de cómo educar a tus hijas.

—¿Y tú has sabido educar a tus hijas, Alice? Dime, ¿dónde están ahora?

Ya han pasado años sin saber de ellas. ¡Nos han olvidado, mujer!

La Señora Alice se quedó en silencio, reflexionando en las palabras de su esposo, mientras sirvió la cena.

—Pues será lo que sea, pero es una locura que busques un segundo empleo, Abby tiene que encontrar una forma de sobrevivir sola, pues ¿qué hará cuando ya no estemos en este mundo? ¿Quedarse recluida en su habitación?

Al terminar de cenar, el Señor Israel fue silencioso hacia la habitación de Abby y tocó suavemente; ella le dijo que entrara, emocionada con la visita de su padre, a quien pidió que se acercara a la orilla de la cama para abrazarlo.

—Papá, te quiero mucho, pensé que irías a descansar después de cenar —dijo Abby.

—Hija, mira, te he traído un obsequio que espero te guste —mencionó el Señor Israel.

—¿Un regalo para mí? —sonrió Abby, animándose un poco en la cama, cuando vio que su padre sacó del bolsillo de su abrigo un chocolate empacado con papel café.

—No le digas a tu madre por favor que te he traído esto, ya conoces su carácter, podría luego culparme de enfermarte más. Sé que necesitas un poco de dulce para que vuelvas a tener fe en la vida. Abby, no sé qué fue lo que ocurrió en Chile, pero sea lo que haya sido, ya no importa hija, siempre voy a quererte porque eres el gran tesoro de mi vida, mi mayor diamante y mi más hermosa creación en esta existencia —dijo el padre de Abby, mientras sus manos acariciaban el cabello de su hija.

—Gracias, papá, por tu paciencia; perdóname también, soy yo quien debería trabajar esas duras jornadas para que tus piernas puedan ya descansar... perdóname —le respondió Abby, quien no pudo evitar llorar en ese momento.

—Mira hija, no te preocupes por eso, todo tiene su tiempo. Hoy hablé con el gerente del supermercado porque le pedí que me dejara trabajar unas horas más como empacador y traer así más monedas a casa y, además, está también la pensión que me da el gobierno cada mes, saldremos adelante Abby y sé que tú serás muy feliz hija mía —dijo el Señor Israel antes de despedirse y salir

de la habitación de Abby.

—No papá, no es necesario que hagas eso, yo trabajaré, es sólo que me están faltando fuerzas, pero no te preocupes papá, quiero que descanses —le pidió Abby, besándolo en la frente.

El Señor Israel subió las escaleras rumbo a su recámara, esperanzado en su corazón; intuía que Abby encontraría su destino muy pronto. Esa noche, antes de cerrar los ojos, el Señor Israel contempló algunas estrellas desde la ventana de su cuarto, reflexionando en si no sería esa su última Navidad junto a su familia. Pidió a las estrellas un deseo: un poco más de tiempo de vida para ver a su última hija feliz con lo que ella necesitara en su alma. Él presentía que Abby ya no tenía deseos de vivir, sus ojos melancólicos le revelaron eso; sin embargo, él como padre pedía lo contrario a las estrellas: vivir un poco más hasta cumplir su misión como padre.

CAPÍTULO XI

Esa noche, al mirar el chocolate que su padre le había obsequiado, Abby se sensibilizó, sintiéndose desesperada por su vida a los 40 años; no quería culpar a nadie ni a nada, era simplemente que percibía su necesidad de ser amada como un aliciente para su corazón de mujer. «*Una mujer sin amor... ¿puede ser feliz al venir a este mundo una mujer sin amor, sin ser amada?*», murmuraba Abby en la oscuridad, recostada entre las sábanas:

¿Para qué venimos al mundo las mujeres? 40 años sin amar, ¿quién podría comprender mi condición sino más que otra mujer en mis mismas condiciones? Pareciera algo tan insignificante, pero no es así. Debemos venir con la misión específica de ser amadas cuando somos depositadas en este mundo. Venir para solamente trabajar y ganarse la vida no puede ser verdad. Y... ¿por qué para algunas mujeres encontrar el amor resulta tan sencillo, a temprana edad, y para otras, la espera se vuelve tormentosa, una verdadera cárcel? ¿Cómo controlar esa pasión que se agita en mi vientre durante tantos años? ¿Acaso debe controlarse esa energía sexual que se mueve en mí, en todos los seres, en todas las acciones de las personas, hombres y mujeres? ¡Ay, qué caro es el amor! Si fuera fácil encontrarlo, se acabarían quizá muchos sufrimientos. Ser mujer es ser sensibilidad, es entregarse sin reservas para ser amada, como la rosa roja del poeta, que perfuma cada noche su mente y su corazón en sus horas escribiendo versos en un escritorio; esa rosa es no es su único estímulo, pero sí el más predilecto y perfecto pensamiento vuelto realidad. Pero... cuando esa misma rosa se halla en el campo, abandonada, sigue aun defendiendo su misión de enamorar su entorno en soledad. ¿Será esa entonces mi misión en esta vida... perfumar mi propia soledad por el resto de mis años?

CAPÍTULO XII

En San Pedro, Consuelo ha comprado el diario para el desayuno del lunes. Enrique, su esposo, mezcla la harina del pan sobre la mesa de madera del comedor, mientras ella hierve mate en una pequeña cafetera, a fuego lento, en la cocina, cuarto contiguo.

—Consuelo, ¿has llamado a Abby, cómo se encuentra? —le preguntó Enrique a Consuelo, mientras esparcía harina en polvo para comenzar a poner los bultos redondos de la masa en la mesa.

—Hace un par de semanas la llamé, ella sigue triste Enrique, ama mucho a Liam, tardará un tiempo en poder sacarlo de su corazón.

—Bueno... hay que darle tiempo al tiempo, Liam podría recapacitar, él tiene que reaccionar, tampoco podemos juzgarlo, apenas han pasado unas semanas desde que Abby dejó Chile —dijo Enrique.

—Sí, tienes razón, pero lamento mucho las condiciones en que ha terminado Abby, es una mujer muy sensible que dio todo para consolidar un matrimonio con él.

—¿Matrimonio...?

—Sí, matrimonio Enrique.

—Consuelo, esa palabra del matrimonio es mucho ¿no crees? Es que también hay que ver eso que le sucedió a Abby desde dos vistas, la de Liam y la de Abby. Mira Consuelo, no me lo tomes a mal, pues sé que te has encariñado mucho con Abby desde que vino a San Pedro, pero las mujeres tienden a formarse expectativas muy grandes cuando conocen a un hombre.

—¡Claro, lo dices tú que no has iniciado tu trámite legal con el abogado para divorciarte y casarte conmigo! Y eso que llevamos ya 20 años juntos, Enrique.

—Amor, tú sabes el dolor que me causa eso, ese matrimonio fue un calvario para mí donde salí perdiendo todo, a mis dos hijos, Consuelo, a quien

su madre les ha metido resentimiento hacia su padre día y noche —dijo Enrique entristeciéndose del semblante y acomodando los bultos de masa en una charola de metal para meterla al horno.

—Pero has sido egoísta conmigo Enrique, he cumplido ya 60 años y no hemos podido casarnos, recuerda que mi historia es muy similar a la de Abby, sólo pasé por decepciones en el amor hasta los 40 años que te conocí. ¿Sabes lo que es estar sola durante 40 años, encontrar de pronto al hombre de tu vida, y que ese hombre no pueda regalarte una boda decente en el altar, y un vestido de novia? —dijo Consuelo, mientras llevaba las tazas y el azúcar a la mesa.

—Te entiendo mujer, pero compréndeme por favor... divorciarme ahora sería un golpe muy duro para mis hijos, imagina su reacción cuando le pida el divorcio a su madre a los más de sesenta años que ella tiene ahora. ¡Me verán como un criminal que atenta contra la vida de su madre!

—Pero si yo soy la mujer de tu vida Enrique, la que más te ha amado, ¿entiendes ahora por qué defiendes tanto a Abby? Es difícil encontrar a un hombre que se entregue completamente a una mujer en todos los sentidos. ¡Ah! Pero los hombres sí quieren que la mujer se entregue completita para ellos. Pobre Abby... estaba muy ilusionada con Liam, se enamoró, tenía planes serios con él —dijo Consuelo.

—Quizá ella se adelantó, tan sólo lo había tratado dos meses en Colombia, y después dejó todo en su país para mudarse a Chile pensando ya en el matrimonio y hasta en el ajuar de novia.

—¡Ay los hombres, los hombres, nunca cambiarán! ¡No saben entregarse! —insistió Consuelo, mientras Enrique se acercó a ella para besarla y tomarla de las manos, dejando en ellas residuos de la harina blanca.

CAPÍTULO XIII

Cerca del Country Club de Bogotá, la Señora Alice tocó el timbre de la casa de Jackeline, a quien conoció en un curso de repostería. Al abrir la puerta, Jackeline la saludó melosamente, dándole dos besos en el aire, sin siquiera rozar sus mejillas, mientras sostenía en su mano izquierda un cigarrillo.

—¡Querida, tanto tiempo! —dijo Jackeline, aventando una gran bocanada de humo hacia el techo.

—Jackeline, es un placer visitarte. Espero no ser inoportuna, sé que siempre tienes la agenda llena para encontrarte con tus amigas.

—Bueno, querida, la buena vida implica ciertos sacrificios, no debo quejarme —dijo Jackeline, riéndose.

—Jackeline, necesito tu ayuda. Abby, mi hija, la que nunca se casó, ha vuelto a casa y he venido a pedirte tu ayuda para conseguirle un trabajo como sirvienta. Sé que tú tienes muchas amigas con buenas casas que podrían pagarle un poco por sus servicios.

—¿Te refieres a tu hija enfermiza, aquella que trabajaba en la Editorial del Señor Chris González? —preguntó Jackeline, mostrando interés en la historia.

—Esa misma. Ya no sé qué hacer con ella, lleva mes y medio encerrada en su recámara. Pensé que se quedaría en Chile, pues renunció a la Editorial para mudarse sorpresivamente a ese país. Ha vuelto muy rebelde y estoy preocupada porque Israel a sus 70 años la consiente demasiado, imagínate que ahora se le ha metido la idea de buscar otro trabajo cuando las piernas ya casi ni le responden.

—Querida, lo siento, qué triste lo que me cuentas, pero no te preocupes más, con gusto llamaré por teléfono a algunas amigas, seguramente alguna de ellas le dará trabajo a tu hija. Aprovechando que has venido, voy a obsequiarte algo —dijo Jackeline, mientras la invitó a la parte trasera del

patio de su casa, donde había un par de cestos con ropa sucia. Jackeline buscó entre los cestos un abrigo color verde oliva y unas blusas de mujer, y se las dio a la Señora Alice.

—Pero, ¿qué es esto Jackeline?

—Tómalos querida, no te apenes. Este es el abrigo que mi esposo usó durante el último invierno, le encantaba, no quería quitárselo ningún día, y ya sabes que me gusta renovarlo cada Navidad, le he comprado uno nuevo. Las blusas son mías, son de buena marca, pensaba tirarlas, pero están en perfecto estado, llévalas a tu hija, le servirán ahora que no tiene trabajo.

—Gracias, eres tan generosa, te estoy muy agradecida —dijo la Señora Alice, mientras Jackeline buscaba una bolsa de plástico entre la ropa del cesto para dársela a la Señora Alice, y depositara ahí las piezas de ropa.

Al llegar a casa, la Señora Alice lavó y secó cuidadosamente los obsequios de Jackeline para figurar que eran nuevos. Fue hasta la noche, cuando el Señor Israel llegó para la cena, que pudo darle el abrigo. Él se puso muy contento; el frío del invierno de ese año había sido muy intenso y por las tardes, en el supermercado, no le era suficiente el suéter gris que llevaba diariamente bajo su mandil de empacador de despensas de los clientes. Ni siquiera preguntó de dónde provenía el obsequio del abrigo, simplemente lo tomó agradeciéndole a su mujer la sorpresa de esa noche. Se puso el abrigo de inmediato para probárselo, el cual sintió muy tibio por la tela de buena calidad con que estaba confeccionado.

—Gracias Alice, ya no sentiré frío con este abrigo, ¿ya has notado que es del mismo color de los ojos de mi hermosa hija Abby? —dijo sonriendo el Señor Israel.

—Si tú así lo ves... qué puedo decirte Israel. Y a propósito de esa hija rebelde tuya, he traído para ella estas blusas, te encomendaré a ti que se las entregues personalmente, yo no quiero verla, estoy cansada y subiré ya a mi habitación —dijo indiferente la madre de Abby, despidiéndose de su esposo.

Momentos después, el Señor Israel, contento con su abrigo nuevo, tocó a la puerta de la recámara de Abby. Llevaba en sus brazos las blusas, bien dobladas, con un fresco aroma a recién lavadas, y con una sonrisa en los labios por la oportunidad de darle un presente más a su amada hija.

—Pasa papá —dijo Abby al escuchar el golpeteo en la puerta.

—Hija mía, mi hermosa niña, mira lo que te he traído: ropa nueva para ti, para que ese corazón tuyo se alegre. Quiero que mañana mismo las uses, mira esos colores lindos de las blusas, te van a quedar muy bien —dijo entusiasmado el padre de Abby.

—Papá... ¿de dónde has sacado eso? Perdóname papa... soy yo quien debería llenarte a ti de los más hermosos regalos de este mundo —dijo Abby, conmovida con el regalo.

—Eso no importa ahora Abby. Debes recuperarte pronto de tu enfermedad, presiento que el próximo año nuevo será tu año hija mía, que te reencontrarás con tus raíces aquí en tu país. He pensado mucho en que estar en otro país debe ser difícil; nunca he pisado otro país Abby, pero siento que debe ser una experiencia de muchas dificultades y necesidades; aquí en cambio, en tu tierra, estás con los tuyos, quienes te amamos —dijo el Señor Israel al ver que un brillo especial se asomaba en los ojos de su hija.

—Sí... tal vez tengas razón papá. Vivir en otro país es difícil, es como tener que fingir ser de una forma que no eres para adaptarte a otro pensamiento. Papá... un día viajaremos por el mundo tú y yo, quiero darte ese premio por lo mucho que has hecho por mí.

—No hija, no te preocupes por mí, el cansancio de mis piernas ya no me ayuda, no creo que resistiría caminar por el mundo, pero con que tú lo logres yo seré feliz. Además, te tengo una noticia muy buena: hoy el gerente del supermercado autorizó que trabajara un par de horas más como empacador, ganaré más monedas. Abby, quiero que pongas una florería, sé que te gustan mucho las flores, ¿recuerdas cuando eras niña y me pedías flores blancas?

—Lo recuerdo perfectamente —respondió Abby, abrazando a su padre.

—Una florería sería un trabajo perfecto para ti, tendrías tu negocio propio, y estarías todo el día rodeada de flores Abby, con ese aroma que te sana. Estoy seguro que trabajando en tu propia florería se acabaría para siempre tu padecimiento del corazón porque las flores pueden curar cualquier tipo de mal, están hechas de amor. Verás que lograremos tu negocio de la florería, así ya no te preocuparás más por renunciar una y otra vez a esos empleos donde no te han valorado —dijo el Señor Israel, mientras Abby permanecía en

silencio abrazándolo, sin una palabra que pudiera salir de su garganta, al borde del llanto, cuando en ese momento vino a su mente el último recuerdo junto a Liam, un día jueves, en Santiago, donde se habían encontrado en la Estación Central del metro bus; Abby lo había citado justo en ese lugar porque sabía que Liam nunca usaba el transporte público, no estaba acostumbrado a ello, y Abby quería recorrer junto a él la ciudad de Santiago, caminar juntos, descubrir a ese otro Liam que ni siquiera él mismo conocía entre su vida de lujos. Ese día Abby pudo ver en el rostro de Liam una alegría contenida, que se negaba a expresar, al caminar por su propia ciudad entre las multitudes de personas que cruzaban los semáforos; ella no lo soltó de la mano en el recorrido, sintiendo que el vínculo de amor entre los dos era en cada nuevo segundo más profundo. Fue la última vez que ambos se encontraron. Durante las siguientes semanas, Liam le informó a Abby en una llamada telefónica que Kathe había vuelto a su vida, pidiéndole que retomaran su noviazgo. Él, conmovido por la joven venezolana, se llenó de dudas ante dos mujeres que necesitaban ser protegidas por las circunstancias de la vida. Las lágrimas de Kathe favorecieron hacia ella la decisión de Liam, mientras que el carácter introvertido de Abby lo hizo sentir que ella era una mujer más fuerte al no expresar sus sentimientos y mantenerse ecuánime al teléfono el último día que la llamó. Las decepciones amorosas habían convertido a Abby en una mujer acostumbrada a ese tipo de finales en sus relaciones con los hombres, prefería contener sus lágrimas, no exponerlas, como si se tratara de una película de cine en la que ella era la protagonista y cuyo desenlace había ya repetido hasta memorizarlo, costándole más, en cada repetición, expresar sus verdaderos sentimientos.

CAPÍTULO XIV

En Bogotá, la Señora Teresa se sentó junto a una pequeña mesa redonda donde se encontraba el teléfono de la casa. Margaret, su gata de once años, se enredó entre sus tobillos, acariciándolos con su cabeza peluda; la Señora Teresa hojeó de cerca una libreta con números telefónicos hasta localizar el de Tainara para llamarla en la víspera de Navidad.

—Buenas tardes Tainara, habla la Señora Teresa, ¿cómo has estado hermosa?

—¿Señora Teresa, la madre de Matías, es usted? ¡Qué sorpresa!
—exclamó sorprendida la joven.

—Sí Tainara, la madre de Matías.

—¿Qué le ha sucedido a Matías, algún accidente, él está bien, dígame por favor?

—No te angusties Tainara, él está bien. Sé que te sorprende mi llamada después de varios años, pero estoy muy preocupada por mi hijo. Ha cumplido ya cuarenta, tú ya lo sabes, y me ha entristecido mucho que ustedes terminaran su compromiso, yo quería que tú fueras su esposa, eres una mujer hermosa a la que quiero mucho, a pesar de que te conocí muy poco cuando venías a visitarnos con Matías —dijo decaída la Señora Teresa.

—Ay Señora Teresa, muchas gracias, es usted muy gentil; siéndole sincera, también me había ya encariñado con usted y el Señor Gerardo y... sobre Matías... no sé qué decirle, usted sabe que lo amé y todavía siento algo por él, pero cuando le dije que termináramos nuestra relación pensé que lucharía por mí e hizo lo contrario, sólo me dijo un «*está bien*» sin volverme a buscar —contó Tainara.

—Tainara, hija, yo tengo toda mi esperanza puesta en ustedes dos, le pido a Dios que ilumine a ese hijo mío, a su edad, ya debería tener formada una familia. No sé cómo fue que se le metió esa idea de estudiar una segunda

carrera universitaria, si tenía una formación profesional tan importante desde joven. He pensado en que necesita ayuda psicológica o psiquiátrica, no sé bien cuál de las dos opciones, pero no me parece normal que se pase los fines de semana viendo las olas del mar, sentado en una roca, hasta que el sol se pierda en el horizonte. No sé qué le sucede a Matías; necesito tu ayuda Tainara —dijo angustiada la Señora Teresa.

—¿En el mar? ¿Será ese el lugar especial del que tanto hablaba?

—¿Cómo dices? ¿Qué es eso del lugar especial, Tainara? Explícame...

—Nada... olvídelo... estaba recordando otra cosa que debo atender, olvídelo.

—Tainara, debes buscar a Matías; insistir. Yo sé que él te ama, sólo que esos poetas idiotas que lee le han robado la sensatez. Debes insistir Tainara, confía en el consejo que te da su propia madre, dudo mucho que exista otra mujer mejor que tú para él, nadie más que tú con tu sensibilidad podría complementarse con ese carácter bondadoso de Matías. ¡Ay, ese hijo mío es como una oveja mansa! —dijo la Señora Teresa, mientras Margaret se volteó boca arriba sobre la alfombra, retorciéndose al escuchar la voz exaltada de la Señora Teresa al teléfono.

—Está bien, lo haré, no se preocupe. Voy a llamarlo o... ¿sabe algo? Creo que sería mejor que me diera la ubicación de ese lugar donde Matías pasa los fines de semana junto al mar, pienso que sería mejor que me reencontrara allí, sin que él lo sepa, así él podrá darse cuenta de mi afinidad por él y de que comparto sus mismos pasatiempos.

—Gracias Tainara, yo te dará la ubicación exacta para que lo encuentres, pero, mi hermosa niña, date prisa, no esperes muchos días, no quiero que mi hijo se vuelva loco con esos absurdos poemas que lee y que se le vaya la vida sin darme nietos —dijo la Señora Teresa, antes de despedirse al teléfono, justo cuando escuchó el ruido de la cerradura de la puerta principal. Asustada, se quedó inmóvil en la silla observando a Margaret tirada en la alfombra, dando vueltas con su propio cuerpo para acariciarse con la suavidad de la alfombra. Al abrirse la puerta, vio entrar a Matías, quien dejó su abrigo en el perchero y después quedó en silencio ante la imagen de su madre asustada.

—¿Mamá, qué pasa, estás bien? —preguntó Matías.

—¡Matías, hijo, llegas temprano! ¿Quieres cenar? Tu padre todavía no ha vuelto a casa, pero si tienes hambre, puedo servirte un poco de té —dijo la Señora Teresa, costándole disfrazar su nerviosismo.

—¿Con quién hablabas mamá?

—Ay Matías, hijo, no vayas a molestarte conmigo, sólo le llamé un par de minutos a Tainara para desearle una feliz navidad —respondió con mirada inocente su madre.

—¡Mamá! ¿Estás loca? Han pasado ya años desde que terminé mi noviazgo con Tainara, ¿qué pretendes? —dijo alterado Matías.

—Nada hijo, no seas maleducado, eres un egoísta, eso es lo que eres, no puedo creer que no pueda tener libertad para desearle una feliz navidad a quien me plazca. Soy yo quien debe preguntarte qué te pasa. ¡Egoísta! —respondió alterada la Señora Teresa.

—Olvídalo mamá, hoy no quiero discutir. Voy a mi cuarto. No tengo hambre, iré a mi habitación a descansar.

Matías entró a su recámara y se asomó por su ventana, desde donde miraba la noche caer. Se sentó en la silla frente a su escritorio, que se hallaba justo bajo la ventana, sitio que, una vez aparecidas las estrellas, lo inspiraba a escribir sus primeros poemas. Cerró los ojos por un momento e imaginó su boda junto al mar, un sueño de su corazón que no platicaba con nadie y que atesoraba para él mismo sin mayor desesperación. Para Matías, el amor implicaba mucha cautela y una paciente espera, por lo que no lo miraba como una agonía. Él, disfrutaba los aconteceres de la vida con ese sueño, sí, pero sin atormentarse, ya que presentía que un día su corazón estaría dispuesto a amar por voluntad propia, sin que nadie se lo impusiera; sería justo hasta que nacieran en él esas ganas de amar, y no cuando el mundo se lo impusiera.

CAPÍTULO XV

Kathe y su madre llegaron con varias cajas de mudanza a un nuevo apartamento para decorarlo. La madre de la joven le había insistido en la importancia de que se mudara sola a un pequeño apartamento y pudiera, así, invitar a Liam a cenar con ella cuando fuera posible.

—Mamá, ¿no te parece demasiado obvio que invite a Liam a mi apartamento? Él podría pensar mal de mí y no quiero eso —le preguntó Kathe a la Señora Ana.

—Confía en mí Kathe, deja a un lado tus ideas anticuadas por favor. Tú y Liam ya llevaban un año de novios, antes de que esa mujer de Colombia se interpusiera y ustedes terminaran. Es tiempo ya de que lo conquistes de otra forma, ya tienes 24 años.

—Tienes razón mamá; te confieso que tengo muchas ganas de hacer el amor con Liam, es un hombre muy guapo; tal vez eso nos hace falta para que él salga de una buena vez de sus dudas. Tengo miedo mamá... me aterroriza que un día me llame y me diga: «*Kathe, la boda se cancela*».

—No, no, no, eso no va a suceder, por supuesto que no, por eso te estoy ayudando hija. La piel es la piel, el cuerpo es el cuerpo, y no se podrá resistir, no es ningún pecado, pues también tú lo deseas, Liam es guapo y tú le gustas bastante, ¿por qué crees que te prefirió a ti sobre la tal Abby? —dijo la madre de Kathe, mientras extendía unas sábanas de seda color rojo sobre la cama matrimonial de su hija.

Una semana más tarde, Kathe invitó a cenar a Liam a su nuevo apartamento. Él estaba muy contento con la nueva noticia de la mudanza de su novia; se sintió orgulloso de que siendo ella tan joven, lograra independizarse como mujer, a pesar de las dificultades de ser extranjera, por lo que admiró su valentía y aceptó con gusto la invitación que miraba como una cita de celebración con una mujer extranjera que emprendía una etapa de autonomía

que la ayudaría a madurar. Para Liam, la independencia de Kathe en su nuevo apartamento era el fruto de aquella intención protectora que sintió por ella al conocerla.

Al llegar al apartamento, Kathe lo esperaba con la cena y una botella de vino; llevaba un vestido azul, traslúcido, que dejaba entrever sus curvas bien proporcionadas.

—Kathe, me ha puesto muy contento la noticia de tu nuevo apartamento, es un gran logro para ti, sé que no han sido fáciles tus primeros años en Chile, sobre todo por las condiciones de tu país que te obligaron a abandonar tu tierra, es un gusto saber que estás progresando en Santiago y te estás volviendo cada día más mujer —dijo Liam en un tono amistoso, casi diplomático, sin prestar mucha atención a la vestimenta de Kathe, acostumbrado a ver a mujeres bellas de su círculo de amistades adineradas.

—Justo eso Liam, lo que acabas de decir es muy cierto... me estoy volviendo cada día que pasa en una mujer que quiere ser para ti —dijo Kathe, acercándosele y besándolo apasionadamente mientras lo fue guiando hacia su recámara donde desabotonó con lentitud su vestido hasta quedar desnuda frente a él. La pasión en Liam no pudo contenerse y comenzó a acariciarla y besarla en cada rincón de su cuerpo mientras Kathe le quitaba el abrigo y la camisa; ella se recostó en la cama y abrió de par en par sus piernas torneadas sin temor alguno para que Liam pudiera penetrarla profundamente y le hiciera el amor toda la noche, con todas sus fuerzas, para que sus besos fueran su única memoria desde ese momento. Liam no pudo evitar desear con tanta pasión a Kathe, al ver su cuerpo perfecto y su piel tersa y lozana que lo invitaban a comérsela con pequeños mordiscos y al percatarse de cómo su vientre y sus piernas se exaltaban aún más con cada beso que él daba a su cuerpo desnudo. La imagen de Abby, sosteniéndolo de la mano mientras recorrían caminando la ciudad de Santiago volvió a él cuando Kathe sujetó sus manos para acercarlo a ella y sentir al fin como la penetraba; pero, Liam soltó las manos de Kathe, alejándose bruscamente de ella.

—Perdóname Kathe... no sé lo que estoy haciendo... perdóname —dijo afligido Liam, buscando su ropa en el suelo para salir del apartamento de su novia lo más pronto posible. Ella, mirándolo fijamente, extendió sus brazos

invitándolo a volver a la cama, mientras mantenía sus piernas abiertas, desnuda, y sus pechos continuaban erectos.

—Ven amor, yo sé que tú deseas esto tanto como yo, quiero ser tuya esta noche...

—No Kathe, no puedo, perdóname —insistió Liam, angustiado, vistiéndose a prisa para salir del apartamento rumbo a casa.

CAPÍTULO XVI

En la Noche Buena, el Señor Israel llevó la cena a casa. La madre de Abby no tenía muchos ánimos de cenar esa noche, pero bajó de su recámara para escuchar las palabras de su esposo. Abby se acercó con cierta timidez al comedor; era la primera ocasión en que se sentaba a la mesa junto a sus padres desde su regreso a Colombia, luego del viaje a Chile. Algunas luces de colores parpadeaban en un arreglo de centro que la Señora Alice había puesto en la mesa del comedor.

—Alice, Abby, brindemos esta noche por todos esos motivos que nos tienen hoy reunidos en esta víspera de Navidad —dijo con una alegría humilde el padre de Abby al levantar una copa con vino.

—Ay Israel, tú nunca cambiarás; sería más fácil que dijeras que el fracaso de tu hija nos tiene aquí sentados frente a esta mesa un año más —dijo la Señora Alice, provocando que Abby, cabizbaja, cambiara su semblante al abatimiento.

—Mujer, ya ha sido suficiente. Esta noche será sólo de celebración; el regreso de Abby me ha dado nuevos ánimos para vivir —dijo el Señor Israel.

—Gracias papá, te agradezco mucho tus palabras; también a ti mamá —añadió Abby con voz baja y decaída.

Abby volvió a su recámara terminada la cena, sintiendo que resurgía en ella su pasión por Liam, tentada a escribirle una carta; pero, algo en ella la hacía detenerse, tal vez el hecho de que su partida de Chile se había convertido en uno de sus recuerdos más tristes, en una gran pérdida anímica y poniéndose, a ella misma, en el lugar de Kathe.

No, no quisiera que me hicieran en carne propia lo que yo quisiera hacer en estos instantes. Si yo fuera Kathe, si fuera ella... sufriría terriblemente si otra mujer interviniera en mi noviazgo. No, no estaría bien

buscar a Liam. Aunque, siento amarlo con todas mis fuerzas, lo siento aquí en el aire que respiro, y sus besos siguen intactos en mis labios. No sé qué sucedió, ¿por qué cuesta tanto el amor? Decía amarme y ahora estamos tan lejos, uno del otro. Cuántas veces me repitió al oído que me haría olvidar a todos los hombres por quienes mi corazón latió, esperanzada, en ser feliz junto a alguno de ellos. ¿Pueden repararse las promesas rotas? Ven Liam, ven si me amas —pensó Abby en su mente cuando dieron las doce de la noche para dar la bienvenida a la Navidad, retrocediendo en su intención de escribirle a Liam no por temor, sino tal vez por respeto al alma femenina, frágil, que habita en cada mujer, como en Kathe, como en ella, como en cualquier otra. Abby quedó profundamente dormida esa noche; los latidos de su corazón se fueron pausando, llevándola a un estado de sedación exquisita que pareció sanar un poco su cuerpo.

CAPÍTULO XVII

La noche del 19 de enero un visitante inesperado se presentó frente a la casa de los padres de Abby. Cuando el timbre sonó, la Señora Alice estaba preparando la cena; el padre de Abby abrió la puerta.

—Buenas noches, Señor, ¿se encuentra Abby? —dijo el hombre con un ramo de flores azules y blancas.

—Sí, ella está en casa, aguarde aquí un momento. ¿Cuál es su nombre? —le preguntó el Señor Israel al visitante inesperado, quien asintió en silencio.

* * *

—Abby, un hombre ha venido a visitarte, está aguardándote en la puerta principal de casa —avisó el Señor Israel a su hija, asomándose discretamente en la recámara para no angustiarla.

—¿Quién es papá? ¿Te dijo su nombre? —preguntó Abby, sorprendida, al sentir cómo los latidos de su corazón se aceleraban, agitando su pecho.

—Dijo que se llamaba... hija, creo que olvidé su nombre, pero está aguardándote, no tardes, está muy frío afuera, ha comenzado a llover otra vez —dijo el Señor Israel.

Abby se decía a sí misma en su mente:

¿Quién puede venir a casa a visitarme? ¿Acaso será...? No, no, tal vez sea... ¿O quizá...? Algo en el corazón de ese hombre se ha agitado a tal grado de presentarse esta noche aquí, a mi refugio. Tengo miedo, no puedo mentirme a mí misma, es un temor que no había sentido antes. ¿Será miedo a una nueva decepción? Pero sí ese visitante ha llegado hasta aquí es tal vez porque ya no debo temer. ¿Acaso alguien me ama? No, no puedo empezar otra vez. Podría ser un hombre a quien jamás he visto en mi vida. Debo

renunciar para siempre a esta perturbadora imaginación que me llena de miedos que podrían paralizarme. Bueno, si es un desconocido, lo único que deberé hacer será cerrar la puerta y pedirle que no vuelva. Aunque... ¿qué desconocido podría plantarse a la entrada de mi casa a estas horas de la noche? ¿Y si no salgo? Podría pedirle a mi padre que le pida que se vaya, que estoy indispuesta. Los caminos para los encuentros surgen en el momento menos inesperado. No espero a nadie, al menos hasta ahora, ya no espero a nadie —se decía Abby a sí misma, mientras ponía sus manos sobre su pecho para calmar los latidos acelerados de su corazón. Se arregló un poco el cabello y se puso un largo abrigo rojo, que acinturaba su cuerpo, encima de su bata de noche.

Diez minutos después, Abby salió de su habitación para encontrarse con el visitante en la puerta. Quieta, lo miró varios segundos en silencio.

—¿Tú...? —preguntó Abby.

—Recibí tu email —dijo el hombre ante el brillo inquietante de los ojos de Abby.

—Sí... creo que el email... terminó convirtiéndose en una carta —añadió tímidamente Abby, cuando en ese momento Matías se acercó para abrazarla y besarla en la mejilla con una dulzura que ella nunca antes conoció en él hasta esa noche.

—Para mí fue un email —dijo él burlándose con dulzura de Abby, al percatarse de que había provocado una sonrisa en ella.

—Un email largo...

—A veces el corazón necesita desahogarse —continuó Matías, entregándole el ramo de flores.

—Ya lo creo —añadió Abby, mirándolo a los ojos como si la vida renaciera en ella.

Matías acarició sus cabellos despeinados, tocó con sus dedos las ojeras debajo de los ojos aceitunados de Abby, y su alma se conmovió al sentir por primera vez la tristeza acumulada en ella como mujer, esperando ser amada. Las manos tibias de Matías sostuvieron su rostro mientras acercó con lentitud los labios de Abby a los suyos, besando no sólo su eternidad y su sensibilidad, sino también todas aquellas decepciones sentimentales durante sus cuarenta

años de soledad y que la habían convertido en la mujer que más amaba en su existencia.

FIN.